

# 2ª Sesion estrordinaria del 12 de Julio de 1883

## Presidencia del Dr. Navarro Viola

SUMARIO—*Asuntos entrados—Continúa la discusion pendiente sobre el dictámen de la Comision de Instruccion Pública, etc. en el proyecto de ley sobre instruccion primaria.*

### PRESENTES

**Presidente**

**Achával Rodriguez**

**Acuña**

**Albarracin**

**Alvear**

**Arigós**

**Arjento**

**Astigueta**

**Avellaneda**

**Balsa**

**Benitez**

**Bouquet**

**Cáceres**

**Calvo**

**Cano**

**Cávia**

En Buenos Aires, á 12 de Julio de 1883, reunidos en su Sala de Sesiones los señores Diputados inscriptos al márger, el señor Presidente declara abierta la sesion.

### ACTA

—Se lee y aprueba sin observacion la de la sesion anterior.

### ASUNTOS ENTRADOS

### COMUNICACIONES OFICIALES

—El Presidente del Senado, comunica la cesion hecha del recinto para que la Cámara celebre sesion en el dia de la fecha.

—Al Archivo.

### PETICIONES PARTICULARES

—Varios ciudadanos de los depa-

**Chavarria**

**Centeno**

**Civit**

**Coquet**

**Corvalan**

**Costa**

**Dantas**

**Darquier**

**Dávila**

**De la Fuente**

**Demaria**

**Enciso**

**Febre**

**Fernandez**

**Figueroa (F. C.)**

**Figueroa (F. J.)**

**Fúnes**

**Gallo (D.)**

mentos de Loreto, Salavina, Atamisqui etc., de la Provincia de Santiago del Estero, protestan contra la eleccion de un Diputado praticada últimamente.

—A la Comision de Peticiones y Poderes.

### ORDEN DEL DIA

### EDUCACION COMUN

**Sr. Presidente—**Se va á pasar á la Orden del Dia Continúa la discusion del proyecto del ley, sobre educacion comun. Tiene la palabra el señor Diputado por Buenos Aires.

Gallo (P. S.)

Gilbert

Goyena

Güemes

Herrera

Lagos Garcia

Lahitte

Leguizamón (L.)

Leguizamón (O.)

Lopez

Lugones

Madariaga

Ocampo

Olmedo

Palacio

Paz

Peña

Pizarro M. E.

Puebla

Quintana

Reyna

Rojas (Ab.)

Rojas (A. D.)

Romero

Ruiz de los Llanos

Solari

Sosa

Tagle

Tamayo

Vega (A.)

Vega (S.)

Yofre

Zavalía

Zeballos

## CON LICENCIA

Bustamante

Mallea

Mendoza

## CON AVISO

Araoz

Araujo

Pereira

Posse

Solveyra

Vieyra

## SIN AVISO

Díaz

García

Ortiz

Solier

**Sr. Gallo (D.)**—Me felicito de que la Cámara hubiera resuelto cerrar su sesión de ayer, después de terminada la admirable arenga que tuvo ocasión de escuchar, arenga que se conservará en el recuerdo de los contemporáneos y, tal vez, mas allá, como timbre de honor y de gloria para la tribuna argentina.

Mi posición, gracias á ello se torna un tanto menos desventajosa.

Espero habrán desaparecido ya los efectos de esa especie de fascinación que siempre ejerce la elocuente palabra del señor Diputado por Buenos Aires, que ilumina y deslumbra como los efluvios de luz de un brillante meteorito.

Me era esto tanto mas necesario, cuanto que no pienso dirigirme á la imaginación ni al sentimiento de la Cámara; no busco conmover, si bien tengo la esperanza de convencer.

No es sin vivas aprehensiones que considero la aparición de este debate en nuestra escena parlamentaria.

Nada puede ser mas peligroso para estas jóvenes sociedades americanas, que la complicación de todos sus problemas políticos y sociológicos, con esas controversias religiosas que tanto han conmovido y continúan conmoviendo el mundo.

Los progresos, las instituciones, la libertad misma, se verán comprometidas y falseadas en sus legítimas esperanzas de desarrollo, el

día que los partidos políticos, encargados de llevar esas aspiraciones á la práctica, tomen como banderas de reunión y de combate, y como objetivo principal de sus esfuerzos, las ideas religiosas, tan susceptibles de extravío en las masas—La bandera política podría transformarse en los sangrientos pendones de otras épocas, con escándalo del siglo y de la civilización actual.

Jamás se resolvieron con acierto las cuestiones sociales que forman la misión de los

pueblos y sus gobiernos, cuando las soluciones se inspiraron en intereses de secta ó en consideraciones de orden puramente religioso.

Felizmente, hasta ahora, hemos escapado á esa clase de peligros; y hemos escapado porque nuestros hombres públicos, comprendiendo toda la profundidad del abismo á que podíamos encontrarnos arrastrados, han orillado esta clase de cuestiones, tomando siempre soluciones prudentes, en las que se apreciaba la verdadera situación de los espíritus en la República, conciliándose en lo posible las exigencias de la libertad, con los intereses de la Iglesia dominante en el país.

Desgraciadamente, se ha olvidado en este caso esa regla de conducta: la cuestión viene á la Cámara, y yo decía que la veo con vivas aprehensiones, pues ante las pasiones que despierta y en medio de la atmósfera ardiente que ha desarrollado, temo que ella pueda ser la chispa productora de un incendio peligroso.

Pero, por lo mismo que la cuestión tiene una importancia tan trascendental, no me es posible guardar silencio y me es forzoso cumplir con el estricto deber que mi posición me impone, contribuyendo en la esfera de mis fuerzas á que no predominen ideas ó tendencias que veo levantarse con inusitado vigor y que considero funestas para el desarrollo de la libertad y del progreso en mi patria.

Sr. Presidente: lo he dicho otra vez desde lo alto de esta misma tribuna, y creo necesario repetirlo en esta ocasión: tengo el mas profundo respecto por la religión católica; ha sido la fé de mis padres, es decir, de los que inculcaron en mi alma los sentimientos de virtud y honradez que puedo abrigar, y es la religión de la inmensa mayoría del pueblo á quien representamos en este recinto; no soy tampoco de los que piensan que el catolicismo es inconciliable con la libertad. La afirmación, si fuera exacta sería desconsoladora, sería terrible, como lo hacia notar el señor Diputado por Córdoba, Dr. Achával.

No es posible arrancar en un día del seno de los pueblos la fé religiosa en que han sido educados. No se estirpan los sentimientos que tienen siglos de existencia, sobre todo cuando esos sentimientos son de aquellos que se elevan hasta la divinidad, con la misma facilidad con que el hacha del leñador derriba á los colosos de las selvas.

Si aceptáramos semejante doctrina, sería pues, hacer la declaración de que por largos siglos la República Argentina está condenada á la ignorancia, á la pobreza y al atraso.

Creo felizmente que hay, por lo menos, exageración en esos juicios.

No. Para ser grandes, poderosos y libres, no necesitamos violentar la conciencia de

nuestras masas, haciéndolas abjurar creencias que les son caras, pues seligan con las tradiciones mas sagradas y con los mas nobles sentimientos de la naturaleza humana.

Pero para que ese resultado se consiga, es menester que el catolicismo no enturbie tampoco las puras fuentes de su origen, que no se estravie por senderos oscuros, y sobre todo, que no pretenda erijir en dogmas, ciertos principios, como aquellos que con tanto espíritu, con tanto ingenio, con tanta habilidad aunque con tan poco éxito, defendió el señor Diputado Goyena; principios que estan en contradiccion con el dogma de la soberania del pueblo, con la libertad de conciencia, con la libertad de pensar, con la libertad de la prensa, es decir, con todas las grandes conquistas que el espíritu humano ha alcanzado tras tantos siglos de oscurantismo, de luchas sin tregua y esfuerzos heróicos!

—Muy bien! Muy bien!

Con estas ideas, mi trabajo debe principiar por establecer la verdadera naturaleza de la cuestion, á la cual, en mi opinion, se la ha llevado á alturas que no merece.

Es menester volverla al terreno de la práctica, al terreno humano, sacándola de las regiones del cielo.

Debo hacerlo, señor Presidente, aun cuando no sea mas que para tranquilizar la conciencia de aquellos que, acompañándonos con sus simpatías, temieran ver comprometida por nuestras doctrinas la fé que encierran sus corazones.

Voy, pues, á tratar de demostrar que esta no es una cuestion de dogma católico, que no es esta una cuestion de doctrina religiosa; que es unicamente una cuestion política, una cuestion social, una cuestion de carácter temporal, una cuestion de predomínios, de influencia, de dominacion para la Iglesia.

Y colocándome en este terreno, la Cámara no estrañará que abandone en todo lo que me sea posible, las regiones de la especulacion filosófica y del misticismo ardiente, para buscar principalmente en nuestra Constitucion y en las lecciones saludables de la historia, esa madre de todas las ciencias políticas, la luz que debe servirnos de guia en el exámen de la cuestion.

La cuestion no es de dogma.

El dogma es por su naturaleza uno, invariable, inmutable: no admite transacciones ni contemporizaciones. En todos los climas, en todas las latitudes, en la prosperidad y en la desgracia, cualquiera que sea el nivel social, bajo Neron ó Constantino, en el siglo III ó en el siglo V, ó en el siglo XIX, el dogma se presenta como la palabra de Dios

mismo; no es susceptible de reformas ni de perfeccionamientos.

Así, si á la Iglesia Católica se le dijera: queremos transar respecto al dogma de la divinidad del Cristo, del de la Santísima Trinidad, del de la Eucaristia; de cualquiera de los que forman la base de aquella religion, contestaria con una sonrisa de desprecio, si es que no hiciera mas—mandar al insensato que tal cosa propusiera á un hospicio de alienados. Mientras tanto, yo puedo demostrar, con el ejemplo de lo sucedido en tiempos contemporáneos, que la Iglesia no ha tenido una doctrina uniforme, invariable, respecto á todas las materias que pueden ser la parte principal de una ley de educacion.

Y, si alcanzo á conseguir mi objeto, como lo espero, me parece que habré apartado de la discusion aquello que puede ser mas peligroso, habré calmado las conciencias timoratas y habré probado que no es esta una cuestion de dogma religioso.

En materia de enseñanza, los puntos principales, los puntos cardinales que ella abarca y que tienen que servir de base á toda legislacion en el estado actual de la ciencia pedagógica, son los siguientes: primero, la libertad de la enseñanza; segundo la enseñanza obligatoria; tercero, la gratuidad de la enseñanza; cuarto, la laicidad de la enseñanza.

Veamos, señor Presidente, cual ha sido la doctrina y la política de la Iglesia Católica, respecto á cada uno de estos distintos puntos.

#### *La libertad de la enseñanza.*

La doctrina de la Iglesia, la doctrina implantada por ella, donde quiera ha podido ejercer influencia decisiva en los gobiernos temporales, ha sido la siguiente: la enseñanza corresponde esclusivamente al clero. Se fundaba para ello en las santas palabras del Evangelio, cuando Jesús decia á los apóstoles: *«Id y enseñad á todos los hombres de la tierra»*. El clero, considerándose el único depositario de la palabra de Cristo, y apoyándose en ese precepto, decia: soy el único encargado de ir y enseñar á los pueblos de la tierra; por consiguiente, la tarea de la enseñanza es mi propiedad esclusiva, solo corresponde á los ministros del Evangelio; porque toda enseñanza, teniendo que reposar en la moral y en la religion, solo los que son depositarios de ella, pueden enseñarla debidamente.

Sin embargo, la fisonomia de las sociedades modernas cambia, aparece una lucha tremenda en uno de los pueblos que marchan á la vanguardia de la civilizacion; principia á discutirse en Francia una ley de educacion, principian sus hombres públicos á apercibirse de los peligros de la enseñanza que se da por ciertas congregaciones religiosas, prin-

cipios completamente contrarios á la teoría y dogmas republicanos, principios tendentes á hacer creer á los niños que la Francia no era una República, un gobierno que reposaba en la base de la soberanía del pueblo, sinó una monarquía de derecho divino, con un rey elegido por Dios.

Los poderes políticos de la Francia se creen en la necesidad de resguardarse contra semejantes peligros, y presentan entonces aquella famosa ley Ferry, en virtud de la cual se entregaba al Estado la educación completa de la juventud, suprimiendo todas estas otras enseñanzas que consideraba inconciliables con la República y la libertad.

No entro á discutir en este momento si los poderes políticos de la Francia, tenían ó no razón sobre este punto; quiero únicamente hacer constar: que en presencia de esa situación, la política de la Iglesia es completamente contraria á lo que antes habia sostenido. Entonces, ya no dice, es únicamente el clero el sacerdocio, el que es el depositario de la palabra divina, el que tiene el derecho de enseñar á la juventud; entonces se presenta levantando en alto el principio de la libertad de enseñanza, diciendo: en nombre de la libertad sagrada, vosotros no podeis dictar esa ley de exclusion.

La libertad de enseñanza es un derecho supremo, es uno de los derechos primordiales, por cuanto es de los que afectan mas directamente el desarrollo social y moral del hombre, á quien lo toma desde la infancia, en la época en que las ideas y los sentimientos se arraigan, tomando caracter y fisonomía propias.

Se vé, pues, como la Iglesia viene á sostener, en nombre de intereses transitorios, determinados por una situación especial, la libertad de la enseñanza condenada en otras partes y en distintas situaciones temporales, por no considerarla conforme á los principios del Evangelio.

Paso ahora al segundo punto: *la enseñanza obligatoria.*

La enseñanza obligatoria no puede decirse que sea una conquista reciente, de estos tiempos. La Iglesia, aun cuando con formas que no puedo aceptar, la viene implantando hace muchísimo tiempo. Todos los que han abierto alguna vez las páginas de la historia, han podido ver á los miembros de la Iglesia arrebatando del seno de las madres protestantes ó infieles á los niños, á fin de darles educación católica y de salvarlos para el cielo. Ese es el principio de la enseñanza obligatoria, sostenido por la Iglesia, aún bajo esas formas tan crueles y tan violentas. Sin embargo, en Francia, ahora mismo, todos los propagandistas, todos los enemigos de las teorías domi-

nantes en aquella gran nación, dicen: no, la enseñanza no puede ser obligatoria; esa teoría del Estado docente, del Estado que tiene derecho para imponer una enseñanza al niño no es una teoría conciliable con la libertad. La verdadera teoría es aquella que impone á los padres, exclusivamente, el deber de educar á sus hijos, porque esa es función que á ellos solos les corresponde, que les viene de lo Alto, de Dios, y esta consagrada por la patria-potestad.

No hay pues, tampoco, unidad en el sistema de la Iglesia, respecto de la enseñanza obligatoria.

Viene despues el tercer punto; *la gratuidad de la enseñanza.*

¿Que cosa mas noble, mas grande, mas santa, que este principio, que se traduce con estas palabras «la gratuidad de la enseñanza»?

No hay nada indudablemente mas conforme al espíritu del Evangelio; es el cumplimiento de la sagrada máxima: «Dad de comer al hambriento y de beber al sediento.» Porque el Evangelio no se refiere solo á las necesidades del cuerpo; tiene que referirse principalmente á las necesidades del espíritu.

La doctrina cristiana, mas que ninguna otra, establece la subordinación del cuerpo al espíritu, al espíritu que es lo grande, lo noble, lo elevado, puesto que es lo que pone al hombre en comunicación con su creador y lo único que no muere, que es inmortal. Parecia, pues, que no debia haber respecto á la gratuidad de la enseñanza, dos opiniones. La Iglesia misma, y debo recordarlo como timbre de honor para ella, ha sido la primera que ha proclamado en la práctica semejante principio; y todos debemos recordar aquellas escuelas fundadas por frailes, esas humildes escuelas de los conventos, en cualquier aldea, en cualquier villorrio, en los que apenas se aprendia á leer, pero que han servido, talvez, de fundamento á las sociedades actuales; son esas semillas, las que encontrando un terreno fértil, han dado origen á ese árbol frondoso, inmenso, que se llama civilización moderna y cobija con su sombra saludable á todos los pueblos de la tierra.

Sin embargo, esto que era doctrina de la Iglesia, esto que ha sido practicado por la Iglesia, no continúa siendo su norma de conducta en todas partes.

Tomemos tambien la palabra de sus propagandistas en Francia, y tomo la última venida, tomo la opinion del abate Crozat en su magnifico libro, premiado por el Instituto de Ciencias Morales, y en el que se ocupa de los deberes y derechos del padre de familia y del Estado en materia de educación; y allí el abate Crozat dice que la gratuidad de la enseñanza no es un principio que pueda

sostenerse, por que es contradictorio con la libertad de la misma enseñanza.

Si la libertad de la enseñanza, dice, quiere significar la enseñanza por quien quiera darla, por quien pueda darla no es posible establecer la gratuidad, por que las corporaciones y los individuos particulares no podrían hacer jamás una competencia activa y eficaz al Estado docente.

Se ve, pues, como, aún sobre este punto la doctrina de la Iglesia ha cambiado, no ha sido invariable.

Pero llegamos al cuarto punto, capital en esta discusion: *la laicidad de la enseñanza*.

La doctrina de la Iglesia, respecto á la enseñanza laica ó religiosa, ha sido establecida con gran elocuencia por el orador que me ha precedido en el uso de la palabra.

Sí, señor Presidente, la Iglesia lo que quiere, sobre todo, es que la enseñanza sea religiosa, católica, y que esa enseñanza religiosa, católica, sea dada por el Estado, que en ese caso no será sino —según la frase usada por un pensador— el general, el brazo armado de la Iglesia.

Esa es su doctrina.

Sin embargo, aun sobre este punto, que tan delicado parece, por lo que podia comprometer los intereses mas permanentes de la religion, la doctrina de la Iglesia no ha sido uniforme; y para demostrarlo, no voy á decir una novedad, voy á insistir sobre algo que ha tocado ya el señor Diputado por Buenos Aires, Dr. Lagos Garcia.

Una sociedad se funda en Irlanda, una sociedad privada que enarbola como pendon esta gran idea: vamos á levantar á esta noble raza de la postracion en que yace; vamos á levantarla por el único medio radical y eficaz, vamos á levantarla, educando las masas, formando niños susceptibles de ser hombres libres y civilizados mas tarde. Esa sociedad empieza su patriótica mision; pero se encuentra con la dificultad consiguiente al estado de aquel país: la Iglesia Protestante predomina por un lado, como imposicion de la raza conquistadora; pero la inmensa mayoria es católica y quiere garantias para sus tradicionales creencias.

La fuerza misma de las cosas impone una transaccion y ella se encuentra en el sistema, que ya habia sido empleado por otros países con admirable resultado, el término medio de la escuela neutra, en la cual se dá unicamente la enseñanza de la moral, comun á todos los hombres civilizados, dejando la enseñanza de los dogmas revelados al cuidado de las familias y de los ministros de los distintos cultos.

Como era de esperarse, la solucion provocó dificultades y divisiones entre los mismos católicos de Irlanda, los tolerantes de un lado, el

clero y los exajerados del otro; la misma lucha que presenciarnos entre nosotros. Los católicos tolerantes, los que comprendian las verdaderas necesidades de su país, decian: debemos aceptar este sistema, debemos mandar nuestros niños á la escuela, es la única manera de levantarnos y ser grandes; en cambio los otros, aferrados á la antigua doctrina, sostenian que eso no podia aceptarse en nombre de los intereses religiosos, y la lucha talvez habria esterilizado los nobles esfuerzos comprometidos en la tarea, á no nacer la idea de someter la controversia al único que podia resolverla, es decir al Pontífice Romano, al jefe supremo de los fieles.

El Papa Gregorio XVI, por medio de una carta que ha sido citada por el señor Diputado por Buenos Aires, Dr. Lagos Garcia, contestó dando la razon al partido de la tolerancia y diciendo que no debia en Irlanda enseñarse la religion en las escuelas, que no debia en Irlanda hacerse una cuestion sobre este punto, y que debian los párrocos que habian estado prohibiendo á los niños asistir á las escuelas en nombre del sentimiento religioso, abandonar la resistencia, y someterse á las exigencias de la nueva situacion.

Resultado: cien mil niños solamente asistian á las escuelas en 1825;—cerca de un millon se contaban en 1870.

Se vé, pues, que, la Iglesia, que sostenia en el concordato con el Austria, la enseñanza religiosa como condicion indispensable; que sostenia lo mismo en el concordato con el Ecuador y demas republicas americanas que se han citado, cambia de sistema, ante la influencia de los vientos dominantes y cuando puede encontrar comprometidos su autoridad y su prestigio.

Lo mismo ha sucedido en Holanda, donde los obispos católicos han sido los grandes propagandistas de la escuela neutra—para combatir la influencia de la atmósfera religiosa protestante en los establecimientos de educacion; y triunfaron uniéndose con ese objeto á los partidarios de la libertad de conciencia, es decir á los protestantes esclarecidos y liberales.

Esto es lo mismo que ha triunfado en Bélgica, con protestas, es cierto, pero con protestas que, según me informan, (no puedo asegurarlo, por que no tengo los datos exactos) acaban de ser condenadas por el mismo Pontífice Romano.

Se vé, pues, Sr. Presidente, que no habiendo tenido la Iglesia una política uniforme, que no habiendo tenido sobre todos estos puntos una doctrina invariable, no puede considerar que sea esta una cuestion de dogma, que sea esta una cuestion que afecte el catolicismo, ni la conciencia de los exigentes.

¿Que es, entonces? Lo he dicho ya: es una cuestion de caracter temporal; es una cuestion de predominio, de influencia, de dominacion para la Iglesia.

Me bastaria, señor Presidente, para demostrar lo que acabo de afirmar, examinar el proyecto de la Comision, y estudiar ligeramentel las consecuencias del articulo en que está establecida la enseñanza religiosa.

La Comision dice: La enseñanza religiosa debe ser dada, como materia obligatoria, por los maestros en las escuelas. Corolario indispensable:—el maestro debe ser forzosamente católico, apostólico, romano.

Pero, como es posible que el maestro sea solo católico en la apariencia y que so pretexto de enseñar religion, lleve el veneno al espiritu de sus discípulos, iniciándolos en doctrinas perversas, del punto de vista católico, es fuera de cuestion que seria indispensable encomendar á la autoridad eclesiástica, la inspeccion del ortodoxismo de la doctrina enseñada.

Como consecuencia, pues, del artículo de la Comision, tendríamos forzosamente que ir, hoy ó mañana, á establecer la intervencion, la vijilancia directa del clero, cuando menos en lo que á la enseñanza de la religion se refiriera, para asegurarnos de que la religion enseñada era dada con arreglo á los dogmas que la Iglesia reconoce y proclama.

Pero no bastaria esto. En las otras clases podria haber tambien ciertas materias que se rozaran con la religion, podria haber la clase de filosofia por ejemplo, la clase de ciencias naturales, etc. etc.

Entonces correríamos el peligro de que tambien, so pretexto de enseñarse ciencias naturales ó filosóficas, se enseñara ciertas cosas que pudieran ser contrarias á lo que manda la Iglesia, y en tal caso tendríamos por resultado que la autoridad eclesiástica deberia ser la directora superior, la directora única de la enseñanza en la República Argentina.

¿Con qué objeto? No es difícil descubrirlo. La Iglesia no lo oculta, y seguramente no será yo el primero en indicarlo.

La Iglesia no ha olvidado sus antiguas teorías, tendentes al predominio de ella sobre todos los poderes temporales. «Todos los hombres, aun los príncipes de la tierra, deben inclinar la cabeza ante los sacerdotes», dicen los Decretales. «Así como el cuerpo se subordina al espíritu, así tambien los poderes temporales deben subordinarse al poder espiritual, que es el mas alto, el mas noble, el inmediato á Dios», dice San Buena Ventura, uno de los grandes padres de la Iglesia.

Estas son las doctrinas que la Iglesia ha

proclamado y en virtud de las cuales, el sacerdocio, con el Sumo Pontífice á su frente, y como representantes del poder espiritual, deben ejercer preponderancia inmediata, directa y omnipotente, sobre todos los poderes temporales de la tierra.

No creo, señor Presidente, que esto se consiga, dado el estado de la civilizacion en el mundo; pero sí temo que algunos pueblos que no están muy avanzados en la escala social, que algunos pueblos como el Ecuador, y otros de nuestra raza, que aun se encuentran sumidos en una semi-barbarie, debida á la inestabilidad de sus instituciones y á sus revoluciones sin cuento, puedan caer en la celada tendida. Y yo deseo, señor Presidente, que nosotros no pongamos ni la mas pequeña piedra que pueda contribuir al levantamiento de ese nuevo edificio.

No! señor Presidente.

Yo no entraré á discutir este punto; pero me parece que no habrá en la Cámara dos opiniones al respecto.

Me parece que despues de todos los adelantos que ha realizado la humanidad, nadie podria sostener la conveniencia, la utilidad, para la República Argentina, de que el poder espiritual, de que el poder de los Papas, viniera á imperar, á predominar sobre el poder temporal, es decir, sobre la soberanía del pueblo, que es la base de todo gobierno político en la actualidad.

No! señor Presidente. Y para combatir esto, si alguno quisiera sostenerlo, me bastaria apelar á las lecciones de la historia.

El predominio del clero, el predominio de la Iglesia, la supremacia del poder espiritual sobre el poder temporal, son, en los tiempos antiguos, las castas sacerdotales del Egipto y de la India; son en la Edad Media, Hildebrando é Inocencio IV, poniendo su pantufla pontifical sobre la cerviz de los reyes y disponiendo á su antojo de pueblos y de tronos; son en los tiempos modernos Felipe II y Felipe III, decretando, no diré la Inquisicion, no quiero recordar horrores en este debate, pero decretando, sí, la espulsion de los judíos y de los moros, matando por ese golpe la industria y la riqueza española y provocando esa terrible decadencia de una de las razas mas nobles y mas viriles que hayan honrado la especie humana.

—Aplausos en la barra.

**Sr. Presidente**—La barra debe haber comprendido, por lo que ha pasado en todos los dias que ha durado esta discusion, que es mi deseo no desalojarla.

Le pido, pues, prudencia para no llegar á ese estremo, haciendo uso de un derecho que está en mis facultades.

Puede continuar el señor Diputado.

**Sr. Gallo (D.)**—El predominio de la Iglesia en Francia Luis XIV, que, olvidando la altivez de los primeros dias de su reinado y en sus últimos momentos, bajo la influencia de los jesuitas y de un confesor, decreta,—no citaré tampoco las Dragonadas—pero sí aquella célebre revocacion del Edicto de Nantes, que al mismo tiempo que arrebatava á su patria, los elementos mas puros de su sangre, daba la señal del desprestigio del trono de Carlo-Magno y de San Luis, que debia rodar hecho pedazos en el patíbulo de Luis XVI, esa víctima espiatoria de crímenes agenos.

No! señor Presidente; no es posible que en la República Argentina se acepten doctrinas semejantes.

Pero se nos dice:—Procediendo como vosotros quereis, vais á estirpar el sentimiento religioso en nuestros pueblos;—vais á formar generaciones de criminales, vais á levantar el ateismo sobre las ruinas de los altares en que se adora al mártir del Gólgota! ¡Temblad por el porvenir! —El comunismo y el nihilismo son la consecuencia del desprecio por la moral en los pueblos!

Señor Presidente: si yo hubiera entrado en esta Cámara por primera vez, cuando hablabá cualquiera de los señores Diputados que hacian semejantes afirmaciones, seguramente me habria quedado aterrorizado; habria sentido vacilar mi conciencia y habria mirado quizá con horror á los defensores de tan horrendas doctrinas.

Soy de aquellos en quienes tal vez el sentimiento religioso vibra siempre con fervor y con intensidad, y no estaré jamás en favor de teorías que tiendan á estirparlo en mi patria.

En esto estoy de acuerdo con el señor Diputado Goyena:—no puede haber una sociedad civilizada, que no se incline reverente ante la divinidad, cebijándose bajo su amparo y pidiéndole sus inspiraciones.

Pero si esta conviccion, que parte de mi alma, no bastara, ella se fortalecería con los ejemplos que se arrancan de la historia del desenvolvimiento humano.

Estudiad la historia, estudiad la vida de los pueblos en los tiempos antiguos y en los tiempos modernos, y ¿que encontrareis? La desaparicion, la ruina, la decadencia de todas aquellas sociedades, que no supieron conservar el sentimiento religioso en su seno ó que lo dejaron estraviarse por rumbos equivocados.

La decadencia del mundo antiguo ha principiado cuando los altivos republicanos de Roma, empezaron á levantar altares y á

colocar en el número de sus dioses, á sus Césares sanguinarios.

Y fué necesario, para poder infundir nuevo vigor y nueva sávia á aquel cuerpo decrepito, el esfuerzo supremo que el cristianismo obligó á realizar á la humanidad para salvarla. Sin eso habria sido imposible encontrar todavía fuego debajo de las cenizas; ese fuego sagrado, que transformando la naturaleza bárbara de las razas invasoras, vino á apropiárselas á la gran mision, al perfeccionamiento constante, aun á través de las tinieblas, de las vicisitudes y de las caidas.

Sigo adelante, señor Presidente; llego al siglo XVI. Todo parece revestido de colores hermosos, todo parece iluminado por rayos de luz. Es el principio de una nueva era. Las artes, las ciencias, las letras se despiertan de su sueño secular; el mundo se agranda, la riqueza aumenta, los pueblos se vinculan; es la época del Renacimiento. Sin embargo, es tambien la época de una decadencia en el sentimiento religioso. Y como consecuencia de esa decadencia, vemos la formacion de monarquias absolutas en toda la Europa, matando el espíritu comunal que habia sostenido hasta entónces las libertades;—vemos, señor Presidente, que desaparecen las repúblicas italianas y que apenas quedan en pié, como doctrinas, como hechos en materia política, el despotismo de derecho divino y la obediencia servil para los pueblos.

¿Cómo pudo salvarse el mundo de semejante mal? Fué necesario tambien que un fraile oscuro de Alemania, diera el grito de protesta, que obligó á la misma Iglesia á reformarse, corrigiendo los vicios que la deshonraban, al mismo tiempo que despertaba la independencia individual en las razas germánicas, dando con ello base al *self government*, origen de la libertad.

Pero no es solo la estirpacion del sentimiento religioso, lo que puede traer la decadencia en las sociedades: es tambien el extravio de ese mismo sentimiento, llevado por rumbos equivocados.

Y tambien os digo:—Atacad el ateismo, pero atacad así mismo la intolerancia y el fanatismo; atacad el ateismo, que puede producir la barbárie en plena civilizacion; pero tambien atacad el fanatismo, que es la muerte de la conciencia y el silencio sepulcral de las tumbas.

El fanatismo, es, la España debatiéndose todavía, para sacudir ese sudario de plomo que la ha envuelto durante tantos siglos; son los Estados Papales, las Dos Sicilias, la Italia entera, es decir, las comarcas mas bellas de la Europa, aquellas en que el Sol luce con mayor esplendor, aquellas donde la tier-

ra dá los mejores frutos, aquellas que, habiendo sido el asiento de naciones que han tenido el cetro del mundo, se han visto pobres, abatidas y humilladas, desmoronándose como las paredes de un viejo convento, cuyos moradores, estasiados en la contemplación de Dios, se hubiesen olvidado de las leyes y de las necesidades de la existencia.

No quiero, por todas estas razones, la supresión del sentimiento religioso en nuestro pueblo. Quiero, por el contrario, que la atmósfera de la escuela argentina, sea una atmósfera religiosa, usando la frase tan hermosa de Guizot.

¿Pero acaso nuestro proyecto puede tender á semejante resultado? ¿Acaso nuestro proyecto puede tender á suprimir el sentimiento religioso en nuestra sociedad? Lo tomo, lo examino por todos lados y, francamente, no encuentro ninguno de estos inconvenientes.

Nuestro proyecto principia diciendo: «será obligatoria la enseñanza de la moral».

¿Qué quiere decir el estudio de la moral?

¿Es acaso la moral del interés, la moral de Condillac, la moral del egoísmo? No, señor Presidente, no es el estudio de esa moral, el que nosotros decretamos; nosotros decretamos el estudio de la moral que se basa en Dios, que se basa en la responsabilidad humana, es decir, en el gran dogma de la inmortalidad del alma.

Para enseñar la moral en nuestras escuelas, señor Presidente, el maestro tendrá precisamente que inculcar á los niños ciertos dogmas fundamentales; y no podré á este respecto agregar una sola palabra, porque temería empañar el brillante cuadro que hacia el señor Diputado Goyena, en la última sesión. El nos decía, con esa claridad de estilo que anima su palabra: No podemos dejar de enseñar la religion, porque la moral está unida á la religion;—y para demostrarlo, decía esto, que es completamente cierto y que está de acuerdo con nuestro proyecto: No hay moral sin idea de Dios, no hay moral sin idea de la responsabilidad humana, sin idea de la inmortalidad del alma.

Así, pues, el alumno pregunta al maestro, como se ha dicho, ¿por qué no debo matar? El maestro sin necesidad de recurrir á un dogma exclusivamente católico y cerniéndose en las regiones á donde puede llegar por el esfuerzo de su sola inteligencia y de su razon, contestará, sin necesidad de apelar á los dogmas: No debes matar porque está prohibido por Dios, porque Dios ha puesto la noción de lo justo y de lo injusto, en el alma, y con arreglo á esa noción no es justo arrancar la vida á su semejante y si llegaras á hacerlo, esperas el castigo de Dios. Esta vida terre-

nal es puramente transitoria; hay detrás la eterna vida de los castigos y de las recompensas, por las acciones buenas ó malas.

Pero veo, señor Presidente, que me estravio y que entro tambien en el terreno de la especulacion filosófica. Vuelvo á mi camino.

Nuestro proyecto no tiende á estirpar el sentimiento religioso. Ordenamos que se enseñe la moral y abrimos además las puertas de la escuela, para que los ministros del culto, completen en materia religiosa, la obra del Estado. La única diferencia, entre los señores Diputados que defienden el proyecto de la Comision y los que lo atacamos, se encuentra en esto: ¿la atmósfera de las escuelas debe ser únicamente una atmósfera religiosa, ó debe ser tambien una atmósfera católica?

He ahí, señor Presidente, colocada en términos precisos, la verdadera naturaleza de la cuestion; he ahí colocada de la manera única que en mi opinion debe ser tratada; y colocada así la cuestion, yo sostengo que el proyecto de la Comision, es contrario á la Constitucion, es contrario á la libertad de conciencia, que está arriba de todas las Constituciones del mundo, porque es un derecho de la humanidad, es contrario á la mision del Estado en materia de enseñanza, y es contrario aun á los intereses bien entendidos de la Iglesia.

La Cámara me ha de permitir considerar, con toda la brevedad que me sea posible, estos distintos tópicos.

Se ha dicho, señor Presidente, que la religion católica, es la religion del Estado Argentino; que así se deduce del artículo 2º de su Constitucion, que aunque no lo espresa de una manera terminante, lo dá á suponer, porque no puede haber sostenimiento de un culto, si no hay sostenimiento de la religion; que así se deduce, además, del hecho de sostener el Estado establecimientos de educacion religiosa, que se llaman seminarios; de que el Presidente de la República, debe ser católico, apostólico, romano, y de que el Congreso, debe promover la conversion de los indios al catolicismo.

Esta faz de la cuestion, es, sin duda, la mas importante, porque para nosotros, Diputados del pueblo, que hemos prestado el juramento de sostener y defender la Constitucion y proceder de acuerdo con ella en todas las leyes que dictemos, esta clase de argumentos está arriba de todas las consideraciones de carácter filosófico que pudieran hacerse.

Somos, en este recinto y en este puesto, antes que nada, ciudadanos de un país constituido, y antes que nada debemos investigar el verdadero espíritu de las instituciones que

nos rijen, para arrancar de allí la regla de conducta que debemos observar.

El señor Diputado por Buenos Aires Doctor Lagos García, contestando al señor Diputado, Doctor Goyena, ha hecho presente ya como los términos de nuestra carta fundamental no pueden importar el establecimiento de una religion de Estado, demostrando, de una manera que no ha podido ser contestada, el verdadero alcance de los distintos artículos constitucionales.

No quisiera repetir los mismos argumentos, así es que tomaré la cuestion unicamente por el lado en que no ha sido todavia tratada.

Todas las constituciones del mundo que han querido establecer una religion de Estado, lo han hecho de una manera clara y precisa, usando esta fórmula concreta, que puede decirse, casi, que es universal, que es uniforme para todos: el Estado profesa la religion católica, apostólica, romana. Esta fué la fórmula aceptada por todas nuestras constituciones anteriores, y sin embargo, no es esta la fórmula aceptada por nuestra Constitucion vigente. ¿Porqué, señor Presidente? ¿Por un olvido de los convencionales? ¿Porque creyeron que la redaccion era mejor, era mas clara, era mas lójica? No, por cierto.

Es precisamente cuando se trata de todas estas grandes materias, que los legisladores de un pueblo procuran poner en formas claras y correctas, las disposiciones que sancionan, de manera á no ser posible interpretaciones diversas, de manera á impedir las cuestiones que en este momento nos dividen.

Si los constituyentes hubieran querido establecer una religion de Estado, lo habrian dicho con franqueza, siguiendo los ejemplos conocidos y nuestras propias tradiciones; pero es que nada estuvo mas lejos de su espíritu, y por eso dijeron lo que quisieron decir—La Nacion costea el culto, como un homenaje de respeto á las creencias dominantes en el país; pero la Nacion, como cuerpo político, no profesa religion alguna.

Es muy distinta la situacion de los pueblos que han tenido ó tienen religion de Estado.

Una religion de Estado, en los pueblos católicos y protestantes, en Inglaterra y en España, en Holanda y en el Austria, quiere decir propaganda, exclusivismo, proteccion; quiere decir que la religion y sus intereses son los objetos primordiales del Estado, quiere decir que no solo el jefe de la nacion, sino tambien todos los empleados de la administracion, todos los que forman los cuerpos políticos, desde los mas elevados hasta los mas inferiores, tienen que ser miembros de la comunión religiosa oficial.

Y la razon es clara.

No se comprenderia una religion de Estado, allí donde los encargados de sostenerla, de aplicarla, de prestijiarla, pudieran ser miembros de comuniones distintas.

No hay ningún artículo en nuestra Constitucion que prohiba á los miembros del Congreso Argentino el que sean protestantes, el que sean libres pensadores. No creo que el hecho se produjera; pero entra en lo posible, y si sucediera que en el Congreso existiera una mayoría de protestantes ó una mayoría de libres pensadores, entonces ¿qué religion de Estado seria esta en que los encargados de defenderla y sostenerla profesasen otras creencias, pudiendo, por medio de sus leyes, atacar el dogma oficial, en obsequio á la religion propia?

Por eso, la Inglaterra se vió en la necesidad de apelar, desde los primeros tiempos de su gran revolucion, á esa famosa ley del *test*, en virtud de la cual nadie podia ocupar ningún puesto de la administracion, desde el rey hasta el empleado mas subalterno, sin prestar *juramento anglicano*, el juramento de fé á la religion dominante; juramento atentatorio á la libertad de conciencia y que recien principiaba á desaparecer, merced á los esfuerzos de la civilizacion y al triunfo de las ideas liberales en aquella gran nacion, que acaba de dar este otro ejemplo de tolerancia, que la honra: la supresion de la iglesia oficial en Irlanda. El primer paso que tendrá su complemento en el resto del reino.

Pero tengo algo mas eficaz que mi palabra, algo ante lo cual me parece que no puede quedar ni la mas remota duda en el ánimo de la Cámara; tengo la interpretacion auténtica del artículo constitucional, tengo la discusion que tuvo lugar cuando de ese artículo se trataba, y la Cámara vá á ver que los constituyentes argentinos, al redactar esta disposicion en la forma que lo hicieron, procedieron con conciencia, con espíritu deliberado y en nombre de altos y trascendentales pensamientos.

No emplearon la fórmula antigua, porque necesitaban de otra que importara un término medio y que significara el primer paso hácia lo que tiene que venir mas tarde ó mas temprano, en todos los pueblos libres, porque es condicion impuesta por la civilizacion moderna: la separacion de la Iglesia y del Estado. Veamos lo que han dicho los constituyentes.

Se pone en discusion el artículo 2º y obtiene la palabra el señor Perez (Fr. Manuel) y propone el siguiente artículo: «El Gobierno Federal profesa y sostiene el culto católico, apostólico, romano,» la fórmula precisa adoptada en todas partes.

Pide la palabra el señor Leiva, y, yendo

todavía mas allá que el señor Perez, propone este artículo:

«La religion católica, apostólica romana, (única verdadera) es la religion del Estado; las autoridades le deben toda proteccion, y los habitantes veneracion y respeto.»

La discusion se traba en este terreno; los unos sosteniendo el artículo, tal cual lo proponia la Comision, que es el artículo que existe en la Constitucion; los otros apoyando la fórmula propuesta por estos dos convencionales.

El señor Lavaisse toma la palabra. El señor Lavaisse, era un clérigo eminentemente instruido, ilustrado, súbdito de la Iglesia de Roma, á quien reconocia todas sus prerogativas; pero espíritu liberal al mismo tiempo.

Llamo la atencion de la Cámara sobre esas hermosas palabras, que oscureceria, seguramente, sino me limitara á leerlas.

«El señor Lavaisse fundó su oposición á las adiciones propuestas, en que la Constitucional, no podía intervenir en las conciencias, sino reglar solo el culto exterior.—Que el Gobierno Federal estaba obligado á sostenerlo, y esto era lo bastante.—Que la religion, como creencia, no necesitaba mas proteccion que la de Dios para recorrer el mundo, sin que hubiese podido nunca la tenaz oposicion de los gobiernos, detener un momento su marcha progresiva».

He ahí lo que dice un clérigo, señor Presidente, y he ahí lo que yo repito tambien en nombre de la libertad de conciencia.

El señor Gorostiaga, miembro de la Comision, decia á su vez (es el señor D. José Benjamín Gorostiaga, Presidente de la Corte Suprema en la actualidad y uno de los hombres que mas honran á nuestro país por su inteligencia y su caracter):

La declaracion que se proponia, de que la religion católica sea la religion del Estado, seria falsa; por que no todos los habitantes de la Confederacion, ni todos los ciudadanos de ella son católicos: puesto que el pertenecer á la comunión católica, jamás habia sido por nuestras leyes un requisito para obtener la ciudadanía, y que ni á los hijos de los ingleses, que por el tratado del año 25 pueden ejercer libremente su culto en la Confederacion, se les ha exijido para ser ciudadanos nativos, que renieguen la religion de sus padres.

Que tampoco puede establecerse que la religion católica es la única verdadera; por que es punto de dogma, cuya decision no es de la competencia de un Congreso político, que tiene que respetar la libertad de cultos, segun las inspiraciones de la conciencia.

No quiero, señor Presidente, por no fatigar á la Cámara, seguir leyendo las opiniones de los demas. Podria citar las opiniones del señor Seguí, las opiniones del señor Zapata, y se veria como todos estos grandes hombres de nuestra elaboracion política, estos hombres que nos dieron este admirable Código político, gracias al cual vamos salvando los escollos y ocupando el alto lugar que nos corresponde en el mundo, interpretaban estas materias religiosas. Se veria como ellos no querian la religion de Estado; que lo único que querian, por este medio, era una transaccion, de esas transacciones de que hablaba al principio, en virtud de las cuales se reconocen las

exijencias de la libertad, por una parte, y por otra, los respetos á la mayoría católica existente en el país. Es esa la fórmula de la Constitucion; es una fórmula de transaccion y nada mas.

Y no podría, tampoco, haber sido de otra manera, porque si la Constitucion hubiera entrado á otro terreno, habrian tenido que borrar la mayor parte de los grandes y hermosos principios que forman nuestro credo político.

Señor Presidente: la Constitucion en su preámbulo consigna que su objeto es asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestros hijos y para todos los hombres de la tierra que quieran venir á habitar nuestro suelo.

Este es el fin primordial de la Constitucion.

¿Pero se conseguiria, señor Presidente, ese objeto, si en nombre de una pretendida religion de Estado, que no existe, como lo acabo de demostrar, viniéramos á falsear estos otros altos principios: la libertad de profesion, la libertad de conciencia?

No, señor Presidente.

El inmigrante vendrá á nuestras playas; vendrá, porque á ellas lo atrae la belleza de nuestro cielo, la suavidad de nuestro clima, la liberalidad de nuestros costumbres. El inmigrante vendrá á cimentar nuestra grandeza.

Pero, señor Presidente, no principiemos poniendo nosotros mismos obstáculos á ese resultado tan ambicionado. Necesitamos, como decia el señor Diputado por Entre-Ríos, abrir al elemento civilizado que la Europa nos envia, nuestras puertas, como se abrian las cien puertas de la Tebas antigua. Necesitamos llamar á todos los hombres, cualquiera que sea su patria, cualesquiera que sean sus creencias, é imprimirlas, por medio del espectáculo y de la realidad de nuestras libertades, el amor á esta tierra, que se acostumbrarán á considerar como propia, interesándose y contribuyendo eficazmente á su prosperidad y á su grandeza.

Vuestro proyecto, señores de la Comision, es contrario á esos nobles propósitos. El inmigrante se alejará de nosotros, si principiámos por decirle: Vamos á obligar á vuestros hijos á que profesen la religion católica, apostólica, romana; ó al menos, vamos á hacer que vuestros hijos se eduquen en una atmósfera religiosa, peligrosa para la fé que les enseñaríais, si tuvierais libertad completa para hacerlo.

No podemos hacer esto en nombre de los intereses bien entendidos de la República. No aseguraremos así los beneficios de la libertad para todos los que han nacido en nuestro suelo y para todos los que vienen á

él confiados en la hermosa promesa de nuestra Constitucion.

La base de la libertad es la igualdad, y no hay igualdad donde no hay el respeto al derecho de todos, no solo de las mayorías, sino tambien de las minorías; de las minorías que, como decia uno de nuestros grandes publicistas, dias pasados, aun cuando sean compuestas de un solo individuo, tienen iguales prerogativas á las mayorías mas pronunciadas, si se trata de la defensa de un derecho!

Voy mas lejos; voy á demostrar que este proyecto, tal como lo presenta la Comision, seria atentatorio á uno de los principios mas liberales de nuestra ley fundamental.

Dice nuestra Constitucion: «Todos los habitantes del territorio son admisibles á los empleos públicos, sin mas condicion que la idoneidad». Y ahora bien ¿será posible la aplicacion de este principio, si pasa el proyecto de la Comision? La Comision nos dice: Se enseñará obligatoriamente la religion católica, apostólica, romana; y, como lo demostré antes, la religion católica, apostólica, romana, solo podrá ser enseñada por un católico.

Supongo que la Comision no tendrá la intencion de decir, que el maestro pueda hipócritamente abjurar sus creencias, para enseñar una religion que no es la suya, para hacerse el propagandista de ella. Declaro que á un maestro que tal cosa hiciera, deberían cerrarse para siempre las puertas de la enseñanza en el país!

Entonces pues, solo podemos imponer esa condicion de la enseñanza religiosa á aquellos maestros que sean católicos, apostólicos, romanos. Y creo que la Cámara convendrá conmigo en que seria necesario modificar el articulo constitucional, estableciendo, ademas de la condicion de idoneidad la condicion de ser católico, apostólico, romano, para el empleo del profesorado, y en ese camino para todos los demas.

Voy todavia mas lejos. Este proyecto, como se vé, ataca el preámpulo de la Constitucion y ataca tambien algunos de sus principios mas elevados.

Pero ataca algo mas. Ataca la libertad de conciencia, que está arriba de todas las constituciones del mundo, porque es derecho inalienable del hombre. Voy á demostrarlo.

Se dice: — Nosotros salvamos la libertad de conciencia, porque dejamos al disidente en libertad de evitar que se enseñe religion á sus hijos; no hay violencia en nuestro proyecto; los católicos aprenderan su religion; los disidentes no aprenderan ninguna. Es decir, que la hacia notar el señor Diputado Lagos, que los propagandistas de la escuela

religiosa proclaman la escuela atea para los disidentes, que precisamente necesitarian mas de aquella instruccion, por haber nacido en el error.

Pero ni esto mismo es exacto, y la Comision, al hacer esas afirmaciones, olvida todas las leyes naturales que presiden la elaboracion de la inteligencia en el niño. El niño aprende no tanto por las lecciones de sus maestros, cuanto por el contagio y el ejemplo; así, si se enseña la doctrina católica en la escuela, forzosamente los niños de los disidentes, sumerjidos en esa atmósfera, no podran escapar á su influencia dominante. Todo les hablará de catolicismo á su alrededor: sus compañeros, la indole de las lecciones, todo les atraerá con fuerza invencible, y concluirán siendo católicos, contra la voluntad de sus padres.

Y esto es tanto mas peligroso é inconstitucional, cuanto que se establece la enseñanza obligatoria, y se dice al disidente: Tendreis forzosamente que mandar á vuestros hijos á esta escuela, aunque no lo queráis y aunque se enseñarán doctrinas que no son las vuestras.

Yo preguntaria, para acentuar mi argumentacion, á mi noble amigo, el señor Diputado Goyena, padre cariñoso, modelo de virtudes en el hogar, si mandaria sus hijos á una escuela en que se enseñara la doctrina protestante; y el señor Diputado Goyena, con la mano sobre el corazon, tendrá que contestarme: *Nó, no los mandaria! Correria peligro la fé que trato de arraigar en sus corazones!*

Y si esto es así, séame entonces permitido recordar al señor Diputado, y á todos los que sostienen el proyecto de la Comision, aquel gran precepto evangélico: *No hagas á otros lo que no quieras para tí.*

—Grandes aplausos.

**Sr. Presidente** — A otra manifestacion semejante, será despejada la barra.

**Sr. Gallo (D.)**—Me siento un poco fatigado: pediria uno cuantos minutos de descanso.

**Sr. Presidente**—Perfectamente; pasaremos á cuarto intermedio.

—Se pasa á cuarto intermedio.

—Despues de un instante, se reabre la sesion

**Sr. Presidente**—Continúa con la palabra el señor Diputado por Buenos Aires.

**Sr. Gallo (D.)**—Creo, señor Presidente, haber demostrado los dos primeros puntos que me habia propuesto examinar, para atacar el proyecto de la Comision, esto es, que ese proyecto es contrario al espíritu liberal de nuestras instituciones y que es contrario á la libertad de conciencia.

Voy ahora á hacer presente los peligros que la aceptacion de semejante doctrina traeria para el desarrollo y progreso de la enseñanza en la Republica, demostrando que por este medio la condenariamos á una paralizacion que haria estériles todos los esfuerzos y defraudaria todas nuestras lejitimas esperanzas en el porvenir.

Nuestro principal deber es, indudablemente, enseñar. Nuestro principal deber como legisladores, es formar el carácter y el corazon de los niños, para que puedan cuanto antes llenar de una manera cumplida su alta mision de hombres libres en una sociedad civilizada.

Necesitamos, por esto, levantar el nivel moral de las masas, y hacerles comprender cual es la estension de sus derechos y de sus deberes hácia los demás. Es, pues, mision primordial del Gobierno, en la Republica, la mision de la enseñanza.

La hemos comprendido y tratamos de llenarla; pero todo seria inútil si nos faltara el factor principal, el intermediario indispensable, el maestro, al cual necesitamos atraer, proteger, estimular, formar.

El proyecto de la Comision, tiende á lo contrario. El aleja al maestro, al trabarle la libertad de conciencia; él impide á los hombres de otras religiones que la católica, por ilustrados y competentes que sean, dar á nuestros hijos la sávia intelectual que necesitan; él restringe los horizontes de la educacion, y dada la escasez de maestros que sentimos en la República, yo contesto:— ¡Olvidais las necesidades verdaderas del pueblo que representais, y en nombre de una intolerancia que el mundo ya no admite, condenais á la barbárie á una gran parte de los argentinos!

Habríamos dado, es cierto, una ley que diria: «La enseñanza será obligatoria, los niños tienen forzosamente que educarse;» pero esa ley habria quedado en el papel, porque no tendríamos los elementos necesarios para cumplirla.

Los maestros no se improvisan; la ciencia pedagógica es precisamente la mas ruda y mas difícil, la que mayores condiciones requiere: condiciones de carácter, condiciones de moral, condiciones especiales de la inteligencia y en el alma. El maestro no se improvisa, y, no improvisándose, tenemos la necesidad de formarlo, y de formarlo con todas las capacidades requeridas para llenar su mision.

Esta clase de maestros no existe todavia en la República Argentina.

Nuestras escuelas normales empiezan á darnos algunos frutos benéficos, pero todavia la demanda es mucho mayor que la oferta;

todavia el número de maestros, apenas alcanza para llenar una parte insignificante de las verdaderas exigencias de nuestra sociabilidad. Tenemos, pues, que buscar el maestro en el extranjero, si es que aspiramos al progreso inmediato y ¿dónde iremos á buscarlo? No necesito deciroslo—Lo buscaremos en aquellos países donde prácticamente se ha demostrado hasta donde puede alcanzar el nivel intelectual humano: lo buscaremos en los Estados Unidos, en la Inglaterra, en la Alemania, en la Suecia, que son las naciones que nos presentan estadísticas mas altas en materia de educacion.

¿Y podríamos hacerlo si esta ley llegara á triunfar?

Indudablemente no.

El hombre en los tiempos modernos no abandona su patria, con raras escepciones, sino cuando sus intereses materiales se concilian con la libertad y la expansion para sus pulmones y su inteligencia—Las playas de un país en que se desencadenara la persecucion religiosa, serian evitadas con el mismo horror con que lo eran antes, las de la Nueva Caledonia, mucho mas por los elementos inteligentes, entre los cuales se cuentan los maestros.

No vendrian estos, señor Presidente, por que á la primera tentativa se encontrarían con la barrera de esta ley, que es tambien un principio de persecucion religiosa, y en sus peores formas, porque viene á afectar á uno de los gremios mas dignos del respeto humano.

Y á todas nuestras promesas y ofrecimientos, nos contestarán: Apreciamos mas que nada nuestra libertad de conciencia—No hay ventajas que compensen una apostasia—No podemos enseñar la religion que nos ordenais, porque no es la nuestra, y la hipocresía no es conciliable con los austeros deberes del magisterio

Por otra parte ¿cuales son las garantías para creer que el maestro católico ha de ser precisamente el mejor? ¿y por qué razon, en nombre de qué derecho, en nombre de qué utilidad, vamos á rechazar de las puertas de la escuela á los hombres competentes en todas las ramas de la pedagogia, al maestro que llene bien su mision civilizadora? ¿únicamente porque su conciencia le prohiba tener ciertas creencias, que nosotros exigiríamos como indispensables para el magisterio?

No;—hay, pues, un inmenso peligro, en la aceptacion del proyecto de la Comision, en lo relativo á enseñanza religiosa—Por él vamos á desvirtuar todos los buenos articulos que consigna; por él vamos á impedir que nuestros maestros puedan ser lo que deben ser. No siempre será el mejor católico el

mejor maestro; y, al contrario, habrá este peligro: el mejor católico tratará únicamente de formar el niño en la religion católica, descuidando los ramos principales del saber humano, precisamente los que mas se necesitan, para que el hombre pueda con ventaja afrontar todas las dificultades en la eterna lucha de la vida.

Señor Presidente: el señor Diputado Goyena hablaba de la mision del Estado, en materia de enseñanza; y debo declarar que en mucha parte estoy conforme con su doctrina.

Yo creo, como él, que el deber de la enseñanza corresponde, en primer lugar, al padre. El padre tiene deberes especiales para el niño; y así como tiene el deber de alimentarle y de vestirle, tiene este otro mas trascendental todavía: darle el alimento intelectual para que el mundo no lo tome desprevenido y pueda concurrir á las evoluciones del perfeccionamiento social.

El deber de la enseñanza corresponde, pues, á mi juicio, en primer lugar, á los padres.

Pero los padres pueden, por ignorancia ó por cualquier otro motivo, descuidar este deber supremo; y así como el Estado no podria permitir á un padre que dejara morir de hambre ó de frio á sus hijos, así tambien tiene el derecho de llenar sus deficiencias en materia de enseñanza: el alimento espiritual es tan necesario, del punto de vista social, como el alimento para el cuerpo.

De aquí dimana la teoria del Estado docente. El Estado viene á llenar las deficiencias de los padres, y viene, aparte de las consideraciones espuestas, en virtud de un derecho de propia conservacion, porque no puede serle indiferente que se formen generaciones educadas, es decir, morales y elevadas, ú hordas de bárbaros ó criminales que pudieran conmovier todos los fundamentos del edificio social.

De allí nace tambien el derecho del Estado para determinar cuales deben ser las materias de enseñanza, y para decir: Tal doctrina, que es contraria al dogma de la soberanía de los pueblos, que es contraria á los principios de un gobierno libre, no puede ser admitida en las escuelas, así como no puede ser administrado el veneno al cuerpo humano.

Esa es, Sr. Presidente, la teoria del Estado docente.

Pero dimanando de allí el derecho del Estado ¿hasta donde alcanzará?

El señor Diputado Goyena, *en nombre de la libertad de enseñanza*, llegaba, con sorpresa mia, á esta conclusion: El Estado, que no tiene sinó una mision supletoria, debe, sin embargo, enseñar la religion; debe fijar la

religion entre las otras materias de enseñanza obligatoria.

Señor: la mision del Estado, por lo mismo que es una mision supletoria, solo alcanza allí donde llegan las verdaderas necesidades del mismo Estado. La verdadera necesidad, el fin primordial del Estado, es formar ciudadanos que sean capaces de continuar la obra de civilizacion en que están empeñadas todas las sociedades humanas; pero una vez llenado este objeto, su derecho desaparece, como desaparece su deber. Y como para hacer ciudadanos civilizados y libres, no hay necesidad de hacer la enseñanza especial del dogma revelado, y como en la sociedad hay elementos sobrados, para que esa enseñanza pueda hacerse sin necesidad de intervencion oficial, la intervencion del Estado, con arreglo á los mismos principios sostenidos por el señor Diputado Goyena, no tiene razon de ser: y si es así, desaparece el derecho como desaparece el deber.

Sosteniendo la doctrina de la libertad de enseñanza, que, como decia al principio, es ahora el pendon que se enarbola en Francia, se atacaba la escuela oficial, la escuela del Estado, y se decia: Si se entregase toda la enseñanza al Estado, correriamos el peligro de ver levantarse las tiranias.

He manifestado ya, que no queria entrar por el momento á esta gran cuestion de la libertad de enseñanza. Sin embargo, puedo adelantar que no estoy de acuerdo con lo que en Francia se ha hecho al respecto.

Yo no creo que, en nombre de la libertad, pueda proscribirse la libertad.

Pero aceptando las ideas de los señores Diputados por Córdoba y Buenos Aires, de que no es conveniente, de que no es prudente, de que no es patriótico entregar al Estado el cuidado esclusivo de la enseñanza, yo les pregunto: ¿Como creis un peligro el hecho de entregar al Estado la enseñanza de aquellos ramos de la ciencia que solo se ocupan de las cosas temporales, y no encontrais peligro de ningun género en hacerle depositario de la palabra divina, para que la trasmita como lo quiera al alma de los niños?

Sr. Presidente: eso, sí, seria una verdadera calamidad humana! Eso, sí, seria la doctrina cesariana, como llaman los propagandistas católicos á la escuela sostenida unicamente por el Estado! Esa seria la doctrina cesariana, porque por ese medio habriamos creado el Estado-Dios; por ese medio habriamos puesto en las manos oficiales esa espada espiritual que solo ha sido concedida al Estado en los pueblos bárbaros y que solo existe actualmente en las del Czar omnipotente de las Rusias!

Nó! Sr. Presidente. No pongamos semejante poder en manos del Estado.

El Estado es para llenar fines temporales en el mundo; es para asegurar beneficios que solo se relacionan con el hombre como ser social; para las necesidades espirituales, ahí está la Iglesia. Vaya la Iglesia á desempeñar su mision, siendo la pastora de las almas; vaya la Iglesia á enseñar la religion. Dejemos que el Estado enseñe unicamente las cosas temporales, limitándose, como decia antes, en materia religiosa, á aquello que le es indispensable para el cumplimiento de su cometido, es decir, á aquello á donde la razon puede elevarse por si sola, sin necesidad de recurrir á la revelacion.

Pero no es esto solo, y voy á sostener que hay tambien peligro, y gran peligro, para la misma Iglesia, si se admite el proyecto como lo propone la Comision.

¿Qué garantias ofrece el proyecto de la Comision, de que la enseñanza dada en las escuelas ha de ser una enseñanza completamente ortodoxa?

Yo declaraba al principio cuales eran las consecuencias del artículo, y decia á sus sostenedores: Teneis forzosamente que ir á la intromision del clero; teneis indispensablemente que ir á la intervencion de la autoridad eclesiástica, porque es la única garantia eficaz para que no se espenda el veneno, en vez de los principios de la religion. Pero no tomándose garantia, como no la toma la Comision, yo digo que la Iglesia, no puede, no debe aceptar este proyecto, sin olvido de sus intereses mas trascendentales y de los principios que en todo tiempo ha sostenido.

Y sobre este punto, voy á apoyar mis palabras en algunas autoridades que no seran sospechosas para los señores Diputados sostenedores del proyecto de la Comision.

No voy á citar, Sr. Presidente, las opiniones de Laveleye, de Hippeau, de Bert, de Simon; de cualquiera de esos grandes pensadores que ocupan el primer puesto en el mundo europeo, entre los que cultivan la ciencia de la educacion—Y no lo hago porque conozco de antemano la contestacion.

Se me ha de decir: son los sectarios del liberalismo, y sus opiniones no pueden ser imparciales.—Voy á citar la opinion de un partidario de la Iglesia, para apoyarme en ellas, á fin de demostrar que no es conveniente para la Iglesia que se entregue á laicos la enseñanza de la religion.

El señor Diputado Lagos citó en una de las sesiones anteriores una carta del Obispo de Gante á los regidores de la ciudad de Alost. Una parte de esta carta se le habia extraviado en aquel momento, así es que, desgraciadamente, no pudo leer la parte mas importante

de la cita, y la que hace resaltar mejor los peligros que existirian para la Iglesia, si se aceptara el proyecto de la Comision.

Voy á leerla nuevamente para completar la parte ya leida, á fin de hacer ver cual es el pensamiento de los católicos que mas se interesan por el progreso de su religion.

Decia el Obispo de Gante en carta de 30 de Octubre de 1855:

Ignorais, sin duda, señores, que la enseñanza religiosa pertenece esclusivamente á la Iglesia, aun la del Catecismo, y que nadie, ni aun un sacerdote, puede darla sin una delegacion de la autoridad eclesiástica.—No solamente el clero, sino todos los católicos instruidos estan de acuerdo con este principio.

Es así como en la sesion del 16 de Julio de 1851, en la Cámara de Diputados, Mr. Vilain XIV, hoy Ministro de Negocios Estrangeros, ha demostrado que es un error completo sostener que los padres tienen el derecho de enseñar el Catecismo á sus hijos y que pueden delegar este derecho en los profesores de los colegios. Mr. de Decker, Ministro actual del Interior, ha ido mas lejos cuando en la sesion del 17 de Julio, ha pronunciado estas notables palabras:—La cuestion de hecho no prueba nada contra lo que llamais la pretension del clero; pero lo sabeis muy bien, no es una pretension; es un principio inviolable de la Iglesia.—Como lo ha dicho el honorable Mr. Vilain XIV, la enseñanza religiosa dada por laicos seria un principio de cisma. La enseñanza dada por laicos es una cosa inaceptable del punto de vista católico. ¿Por qué quereis forzar la conciencia de los católicos sin necesidad, cuando en vez de hacer dar la enseñanza religiosa por laicos, teneis el recurso constitucional de hacerla recibir en la Iglesia? He ahí lo que no puedo comprender.

Señor Presidente, si el Obispo de Gante que hacia estas declaraciones; si los grandes gefes del catolicismo en Bélgica, que pensando de esta manera, presenciarian esta discusion, seguramente que no seria en nuestras filas donde encontrarian el principio de cisma que temian.

No somos nosotros los que sostenemos que la enseñanza religiosa deba ser dada por laicos. Son, por el contrario, los que se levantan defendiendo las doctrinas de la Iglesia Católica, los que en otras latitudes y por intereses transitorios vienen á proclamar, lo que un obispo altamente ilustrado, consideraba una heregia insostenible; esto es, arrebatar á la Iglesia su mision de ser la única directora de la educacion religiosa, la única depositaria de la luz espiritual.

Sr. Goyena—Le contestaré.

Sr. Gallo (D).—Pero voy mas adelante. Citaré otra opinion, (no soy partidario de citas, y, por consiguiente, no abusaré de ellas; la Cámara puede estar tranquila; pero no puedo dejar de apoyarme en otra autoridad de un hombre, jóven todavia, pero que honra á su patria y cuyas ideas tienen tanto mas mérito, cuanto que son adquiridas en una larga consagracion al magisterio, en el cual ha manifestado alta competencia y condiciones relevantes de carácter.)—Me refiero al señor D. José Manuel Estrada, Rector del Colegio Nacional de la Capital y uno de los *leaders* de la campaña que en este momento está empuñada, para establecer la enseñanza religiosa en las escuelas.

Veamos lo que decia el señor Estrada en

el informe que, como Director de Escuelas, presentó en 1870.

La Cámara me habrá perdonado el demorarla algunos instantes, despues de oír las bellas palabras de que voy á dar lectura.

Dice el informe del señor Estrada:

Varia de aspecto la cuestion (está ocupándose precisamente de la cuestion de la enseñanza religiosa), refiriéndose á las escuelas comunes, costeadas por un pueblo formado de individuos de diferentes creencias, y destinadas á la educacion de todos sus hijos. Hé aquí la primera dificultad.

Veamos otras. ¿En que relacion está la capacidad de los maestros con los arduos deberes de una enseñanza dogmática? ¿Puede exijirse de ellos que posean las ciencias sagradas, con toda la profundidad requerida, para poner sus principios sublimes al alcance de los niños, sin vacilar ante ninguna curiosidad infantil, sin que duda alguna les encuentre desprevenidos? ¿Profesan todos los maestros una misma creencia religiosa? ¿No habria inconsecuencia de parte de las leyes que reconocen la libertad religiosa en el fuero externo si exigieran de los maestros una profesion dogmática? ¿Es dable esperar que un hombre trasmita á los niños, con aquella eficacia que no viene sino de convicciones calorosas, dogmas y doctrinas de las cuales no participe? ¿Puede aceptarse la libertad de la enseñanza religiosa, determinada en el sentido de las creencias privadas del maestro de Escuela, aun cuando estas fuesen distintas de las que profesan la mayoría ó la totalidad de los padres de familia, sobre los cuales, y no sobre los maestros, pesa de parte de Dios la responsabilidad de la educacion, principalmente en lo moral? ¿Ha de despreciarse por completo la fé comun á la mayoría de la poblacion, sin que la Escuela se preocupe en lo mínimo de esas creencias y de la voluntad presunta de los padres respecto á la religion que han de seguir sus hijos?

Y sigue estudiando los diversos sistemas para concluir de esta manera:

Profundamente penetrado de estas ideas y atendiendo á estos hechos: 1º que la mayoría del país pertenece á la Comunion Católica; 2º que corresponde al sacerdocio la enseñanza religiosa; y 3º que está reconocida por las leyes del país la libertad de cada hombre para adorar á Dios Todopoderoso segun su conciencia,—reorganicé esta parte de la Educacion en la forma que esplica el documento que transcribo en seguida.

Por él se ordena á los maestros de escuela que lleven los niños católicos á la Iglesia, para que reciban del párroco la educacion religiosa correspondiente.

Es con poca diferencia el sistema que nosotros proponemos, que la educacion religiosa se dé por el párroco, por el sacerdote, por el depositario de la palabra del Evangelio. No queremos que ella sea entregada á laicos, que indudablemente no tendrian toda la profundidad de conocimientos necesaria para darla, y que, como dice el señor Estrada, con mucha razon, no podrian penetrar en estas teologías oscuras del dogma, y les seria imposible satisfacer la curiosidad infantil en todas sus manifestaciones, tan vivaces, tan rápidas siempre.

No olvidemos, tampoco, todas las complicaciones, todos los peligros que han acompañado y acompañan á una union íntima entre las cosas que se relacionan con la religion y las cosas que solo interesan al órden político.

Si sancionamos el artículo como lo propone la Comision, vamos á tener al dia siguiente el conflicto permanente; vamos á tener inmediatamente la autoridad eclesiástica quejándose de los maestros porque no dan

la enseñanza en la forma que desearia, y vamos á ver al Ministro del Culto, á cada momento, teniendo que arrojar de las clases á los maestros mas meritorios y dignos, porque no estan empapados, ó porque no estan bastante imbuidos en los preceptos del catolicismo, ó disputando con los obispos sobre prerogativas, facultades y hasta sobre ortodoxia de doctrinas. No seria esto arreglado al espíritu del siglo; la marcha del mundo moderno es por otros rumbos y en busca de otros horizontes. No procedamos contra la corriente invencible. Perderiamos nuestro rango de pueblo libre.

Es necesario separar completamente lo espiritual de lo temporal; dejar á la Iglesia el dominio de lo primero y dejar al poder civil, los cuidados que impone lo segundo.

He fatigado mucho la atencion de la Cámara y voy á tratar de terminar; me resta, sin embargo, antes de hacerlo, echar una rápida ojeada sobre el estado de esta cuestion en el mundo.

Pertenezco, en materia política, á la escuela que puede llamarse histórica, es decir, á aquella que busca principalmente en las lecciones de la historia, la enseñanza necesaria, la brújula para dirigir á los pueblos en su mission hácia el perfeccionamiento. Por eso es que doy siempre importancia á todos los antecedentes históricos, como á los ejemplos que nos presentan pueblos mas antiguos que el nuestro, en la escena humana.

Las naciones jóvenes tienen esa gran ventaja. Aparecen sin preocupaciones y sin tradicion de errores, que pesan como plomo, y pueden aprovechar de las lecciones que les presentan el ejemplo de las otras, alcanzando en un dia las conquistas realizadas por las demas, tras siglos de tinieblas y de luchas. Busquemos las lecciones de los pueblos mas adelantados que nosotros, y yo aseguro, señor Presidente, que no vamos á encontrar casi en ninguna parte, el sistema que la Comision propone en este momento.

Tomo, señor Presidente, á la nacion madre y patria de la libertad; principio por la Inglaterra.

La Inglaterra, pueblo con religion de Estado, y con religion intolerante, antes de ahora, ¿acaso reconoce principios, en materia de enseñanza, parecidos á los que propone la Comision?

El sistema inglés, antes de la ley de 1870, consistia sencillamente en lo siguiente: acordar subsidios á todas las escuelas que se fundasen, cualquiera que fuese la comunidad religiosa á que ellas perteneciesen.

Poco importaban que fuesen católicos, protestantes ó judíos; todos tenian el derecho de establecer escuelas y las escuelas se sub-

vencionaban, con la misma equidad, con la misma justicia, sin preferencias de secta. El Estado no enseñaba; se limitaba á proteger la enseñanza; pero en esa proteccion, no influían para nada los intereses religiosos, que quedaban entregados á la iniciativa particular. Sistema deficiente, sin duda, pero que salvaba los fundamentos de la libertad de conciencia. Por ese sistema, las escuelas protestantes enseñaban la religion protestante, las escuelas católicas enseñaban la religion católica, las escuelas judías enseñaban la religion judaica.

Los inconvenientes prácticos de este sistema, no en lo que se referia á la religion, sino en lo relativo á la difusion de la enseñanza con toda la estension que lo requieren las necesidades modernas, principiase á palparse. La Inglaterra iba quedándose retardada en el movimiento educacionista, y ella, mas que otra Nacion cualquiera, comprendia que no hay civilizacion, que no hay libertad, que no hay grandeza ni riqueza, sin pueblo educado.

La ley de 1870 procuró la reforma, con cierta vacilacion, pues es sabido el amor santo de los ingleses á sus instituciones seculares, aun á las que son deficientes; pero fué el primer paso, que ha sido seguido por otros que han dado estos resultados: la educacion obligatoria, por una parte, y la aceptacion de la teoria del Estado docente por otra.

Por esa ley se obliga á las comunas que no tengan suficiente número de escuelas particulares, que funden las necesarias. En esas últimas, que son las únicas oficiales, la enseñanza de la religion es determinada por cada comuna, segun lo estime conveniente; pero tanto en ellas como en las escuelas particulares, la enseñanza del dogma revelado se hace por los ministros del culto.

Este es el sistema inglés.

**Sr. Calvo**—Siempre la religion enseñada es la escuela!

**Sr. Gallo (D.)**—Justamente; pero por los ministros del Culto.

Este mismo sistema principia á ser criticado y se levantan ya las voces mas poderosas, de los grandes oradores y de los grandes políticos, Gladstone y Bright entre ellos, pidiendo para la Inglaterra la misma libertad que existe en Irlanda, en el Canadá, en Australia, esos pueblos nuevos que como otros tantos retoños vigorosos crecen y se desarrollan con fuerza extraordinaria á la sombra de la gran Nacion.

Esa idea liberal hace camino, y cualquiera que conozca la Inglaterra aceptará no pronóstico. En pocos años mas, la escuela neutra se levantará triunfante sobre las ruinas de las instituciones de otras épocas.

En Irlanda, la Cámara ya conoce lo que pasa. La escuela neutra funciona con admirable resultado hace mas de medio siglo, y funciona con aplauso de la misma Iglesia católica.

En la Australia existia tambien antes el mismo sistema inglés: subvencion á las corporaciones particulares, encargando la tarea de la enseñanza solo á la iniciativa privada. El nivel educacionista no aumentaba, porque solo en la Inglaterra y gracias al genio poderosamente individualista que caracteriza á sus habitantes podria dar buenos resultados semejante sistema, y la Australia ha llegado al sistema irlandés, y hoy allí rige en absoluto la escuela neutra, sin mas enseñanza que la de la moral.

En el Canadá sucede exactamente lo mismo. Vemos tambien la escuela neutra triunfante, la escuela reducida, en materia religiosa, á abrir las clases con la oracion dominical, que se aplica á todas las religiones reveladas, y aun á la religion natural, por que no es sino un himno al Dios de las alturas, al Dios del Gólgota, como al Dios de Sócrates.

En Austria, por el concordato de 1855, la enseñanza estaba esclusivamente encomendada al clero. El Austria era consecuente con la doctrina política y religiosa que la hizo alma de la *Santa Alianza* entre los déspotas para matar las santas libertades de los pueblos.

Pero vino su desgracia de Sadowa y comprendió que solo podia encontrar su salvacion, que solo podia impedir el desmembramiento de las razas que cubren su territorio y que tienen tan débiles soldaduras entre sí, apelando á lo único que da vigor y fuerza á las naciones,—las instituciones libres; y el Austria se encuentra en ese camino de regeneracion. Su primer acto liberal, tal vez, fué romper el concordato de 1855, y desde entonces principiaron á levantarse por todas partes las escuelas neutras, encargándose de la enseñanza de la religion unicamente al clero.

La Prusia tiene su religion de Estado, la Prusia tiene sus escuelas confesionales, que así se llaman, es decir, las escuelas protestantes, como la tienen tambien la Dinamarca, la Suecia, y casi todos los pueblos protestantes de Europa.

Pero ¿quien dá la enseñanza religiosa? En ninguna parte corresponde al institutor laico nombrado por el Estado.

En unos pueblos, la enseñanza corresponde en su totalidad á las corporaciones religiosas, que hacen enseñar su religion, católica ó protestante, por sus párrocos ó ministros.

En otras partes, el Estado se encarga de la instruccion general; pero aunque establezca la enseñanza de la religion, la entrega al clero

esclusivamente. Así es en Prusia, donde por las últimas leyes, el sacerdocio ha quedado separado de las escuelas, con escepcion de la religion, cuya enseñanza le corresponde; está bajo su única é inmediata direccion.

En Francia la cuestion es conocida. Es sabido que la Francia, para afianzar los principios que forman en la actualidad su credo republicano, ha tenido necesidad de acudir á la reforma general de la enseñanza; y son conocidos los estallidos que ha producido la discusion de la ley Ferry y los peligros que rodean á la República, como consecuencia de esa lucha tremenda.

Creeria ofender la ilustracion de la Cámara si insistiera en historia tan conocida por todos los que nos interesamos en el porvenir de aquella nacion, hija primogénita de la raza á que pertenecemos.

Veamos lo que pasa en Bélgica.

Bélgica es el único pueblo en que hayan existido, desde el primer momento de su emancipacion de la Holanda, dos partidos que tienen como bandera la bandera religiosa.

En Bélgica los partidos políticos se dividen en liberales y ultramontanos.

Despues de su separacion de la Holanda, el partido católico, que habia tenido una inmensa parte en el movimiento insurreccional que produjo la emancipacion, dió, como era natural, como ley de enseñanza, la ley de 1845, en virtud de la cual toda ella corresponde al clero, siendo obligatoria la enseñanza religiosa y católica.

Pero viene, señor Presidente, despues de muchos años de dominacion del partido ultramontano, el partido liberal al poder, y con gran aplauso del país entero, uno de los primeros actos de la Legislatura Belga es sancionar la gran ley de 1879, estableciendo la escuela neutra, en la forma en que nosotros la queremos, declarando que solo el ministro del culto puede dar lecciones sobre religion.

En la Holanda, país protestante, donde existia tambien en otros tiempos la escuela confesional, principian á soplar vientos de libertad, y en 1855, como consecuencia de ellos, se dicta una ley que ha sido apoyada por los católicos con gran entusiasmo, como se ha dicho, y por la cual, en nombre de la libertad de conciencia, se estableció la escuela neutra, que ha dado y sigue dando excelentes frutos.

¿Qué sucede en España? La España, tan atrasada en estos últimos tiempos, pero que tan nobles esfuerzos hace para levantarse de su postracion; la España, apenas ha sacudido el manto de plomo, que sobre sus hombros habia echado la teocracia aliada al absolutismo, apenas vino la revolucion de 1868, cambió las bases fundamentales de la ense-

ñanza, y estableció, como está establecido ahora, que á los niños se enseñe solamente doctrina cristiana, no religion católica, primer paso en el camino para llegar al objetivo.

Pasemos á Italia.

En Italia la lucha era difícil. La Italia tenia que ocuparse de sus cuestiones primordiales: las cuestiones que se relacionaban con su unidad política. La Italia tenia necesidad de tomar á Roma como Capital, y para ello debia contemporizar y no herir demasiado, ni aún las susceptibilidades religiosas, que podian comprometer los resultados de tantos patrióticos esfuerzos.

Por eso es que hasta ahora no se siente un movimiento liberal acentuado en materia de educacion popular.

Hubo, sí, en 1868, un proyecto de ley, la ley de Scialoja; en virtud de la cual se establecia la escuela neutra con proscripcion de toda enseñanza religiosa, proyecto que fué sostenido por Cairoli, por Depretis, por los primeros hombres que presiden la política italiana en estos tiempos; pero, en virtud de razones transitorias, de esas razones que acabó de indicar, de la necesidad de no herir el sentimiento religioso de las poblaciones, ni aún en sus susceptibilidades, ni aún en sus errores, esa ley no fué sancionada; pero no fué rechazada tampoco, fué simplemente aplazada.

Pero vamos á la nacion que hemos tomado como modelo; vamos á los Estados-Unidos, á los cuales el señor Diputado Achával entonces un himno de admiracion, encontrando en su sistema de escuelas, la base de ese engrandecimiento, sin ejemplos en los fastos de la humanidad.

Sí, el señor Diputado por Córdoba tiene razon; la base de la grandeza de los Estados Unidos se encuentra, sin duda, en que, como ningún pueblo, han sabido comprender la importancia del desarrollo intelectual en las masas; se encuentra precisamente en que han sabido comprender que esa es necesidad vital para una nacion; y en que han puesto, como nadie, en accion los medios para llenar esos objetos. Admito el ejemplo y lo invoco como la principal autoridad en pró de nuestras ideas.

En Estados-Unidos, no es exacto que exista, como decia el señor Diputado por Córdoba, la escuela confesional. Se principia, es cierto, con la oracion dominical, adorando á Dios con independencia completa de todas las religiones.....

**Sr. Achával Rodriguez**—No he hablado de las escuelas comunes.

**Sr. Gallo (D.)**—Pero las escuelas comunes, son el sistema de educacion en Norte-América.

En los Estados-Unidos se enseña, en las escuelas comunes, lo que nosotros queremos: la moral, fundada en Dios, y la inmortalidad del alma; pero se deja á las escuelas dominicales, completamente independientes de las otras, el cuidado de enseñar las religiones de los diversos cultos. Es en las diversas escuelas del Domingo, donde el católico enseña á ser buen católico, el protestante á ser buen protestante.

Y es este sistema que reposa en la naturaleza humana, que concilia todas las libertades, el que haciendo el mismo camino que han recorrido las instituciones republicanas fundadas por Washington y por Franklin, por Hamilton y por Jefferson, tiene que obtener el triunfo definitivo.

¿Quereis la escuela de los Estados-Unidos entre nosotros?

La recibiremos con veneracion y con orgullo; pero antes reflexionad y ved como lo que proponemos, que es una transaccion, como es transaccion el artículo de nuestra Constitucion sobre religion, vá mucho menos lejos que la doctrina imperante en aquella nacion.

Pero me distraigo de mi propósito y vuelvo á él.

Solo he querido, al hacer esta rápida incursion en el estado de la cuestion en el mundo, dejar establecido este hecho: los Estados-Unidos, la Holanda, el Canadá, la Australia, la Bélgica, la Irlanda misma, tienen la escuela neutra; y no son, seguramente, los pueblos en los cuales se encuentre menos desarrollado el sentimiento religioso. No. En ninguna parte como en Estados-Unidos, el sentimiento religioso ha tomado tanto vuelo, tanto esplendor.

La Holanda es un pueblo eminentemente moral, y es uno de los que mas contribuyen, como poderoso auxiliar, al desarrollo de la civilizacion moderna.

La Bélgica es, talvez, el primero de los pueblos católicos, como profundidad de sentimiento religioso, y la Irlanda misma es ejemplo de fé y de perseverancia para resistir las persecuciones de los conquistadores, fé que alentó á O'Connell y que hoy acaba de conseguir su triunfo con la supresion de la iglesia oficial.

Veamos el reverso de la medalla: estudiemos los otros pueblos, en los cuales haya imperado hasta ahora el sistema que propone la Comision. Y ¿qué encontramos?

La España, las dos Sicilias, los Estados Papales, la Lombardia y el Austria misma; absorbidos en la supersticion idólatra, ó llegando en su reaccion hasta los extremos mas deplorables de un materialismo grosero.

Por eso los veis, habiendo sido los prime-

ros, habiendo tenido el cetro del mundo, debatirse convulsos en las peripecias de una lucha terrible, pora poder alcanzar el nivel que les corresponde.

No es, pues, exacto que la escuela neutra sea una escuela atea; como no lo es que produzca como resultado el olvido de los sentimientos religiosos en las sociedades: el ejemplo del mundo nos dice lo contrario. Y, ante esta enseñanza, tenemos que inclinarnos y declarar que el sistema no es malo. El árbol se conoce por sus frutos, y si estos son saludables, no teneis derecho para troncharlo y evitar la sombra de sus ramas.

He escuchado con profunda atencion los discursos de los señores Diputados que han defendido el proyecto de la Comision, y he tratado de encontrar cuales eran las objeciones que podia hacerse al proyecto, que nosotros hemos tenido el honor de presentar. He tratado, con sumo cuidado, de buscarlas, y solo he podido encontrar esta:—Indudablemente, seria mejor (creo que en esto estaran de acuerdo) que los ministros del culto fueran los que diesen la enseñanza religiosa; pero esto no es práctico, no es posible; esta es una fórmula maliciosa, (me parece que es la palabra, poco parlamentaria, que se empleó) á fin de cambiar la escuela actual por la escuela atea, por la escuela sin Dios. Y porqué? ¿Acaso el clero argentino, no tiene las condiciones necesarias para llenar su magisterio?

Hagamos constar primero esta declaracion: no es de nuestras filas de donde ha partido esa palabra de descontento, no somos nosotros los que hemos dado á entender que el clero argentino, no podrá, no querrá ó no sabrá enseñar religion en las escuelas.

**Sr. Goyena**—Perdóneme, su referencia no es exacta.

**Sr. Gallo (D.)**—No estoy de acuerdo con semejante afirmacion. Muy lejos de ello! Creo que el clero argentino, elevándose hasta su alta mision, ha de saber llenar los deberes que le encomendamos; ha de saber demostrar que la mision del sacerdote no está unicamente en el altar ó en el confesonario, sino en esta otra, mucho mas alta: educar al que no sabe, abrir los ojos á la luz al ciego.

El clero es escaso, nos contestan; no es bastante, á causa de nuestras dilatadas campañas, para recorrer todas las escuelas; pero aparte de que esta ley es solo para la Capital y territorios nacionales, yo digo: el Estado sostiene el culto católico, apostólico romano, y si fueran necesarios nuevos sacerdotes para llenar esa alta mision, yo seria el primero, como Diputado del pueblo, que votaria nuevos subsidios al presupuesto del culto, á fin de que tengamos un clero noble, ilustrado y en aptitud de llenar los deberes

de la enseñanza religiosa, siendo el único á quien tal tarea pueda ser confiada.

Este argumento, pues, «el clero no puede hacer eso» no es un argumento en contra de nuestras doctrinas. Podrá hacerlo, porque le daremos los elementos, y si no quisiera hacerlo, para eso está la autoridad superior eclesiástica, que deberá mostrarle é imponerle, en caso necesario, sus deberes.

Y no temo que los clérigos vayan á las escuelas. Muy lejos de eso. Consecuente con lo que dije al principio, que no creia que el catolicismo fuera inconciliable con la libertad, creo tambien que han de enseñar su religion, pero de manera que los niños aprendan tambien á respetar los deberes del ciudadano.

Yo no creo que el clero argentino haya perdido todos los sentimientos cívicos que le animáran en otros dias, y confio que han de continuar siendo los dignos sucesores de aquellos curas de aldeas, como les ha llamado uno de nuestros principales hombres políticos á la mayoria del Congreso de 1816, que supieron, en un gran dia para la patria, hacernos aparecer como nacion grande é independiente, á la faz de las otras naciones del universo.

Voy á terminar; y al hacerlo, yo pido á mis honorables colegas que votemos esta ley; que la votemos con el ánimo sereno, con la conciencia tranquila y seguros de que cumplimos un supremo deber.

No temais que vuestros electores, padres de familia, os hagan un cargo por haber decretado la escuela neutra; y si lo hicieran, vosotros les contestareis:—«Hemos cumplido el alto deber de respetar la libertad de conciencia, de hacer cumplir los preceptos de la Constitucion Nacional»; y los padres de familia argentinos, que son ciudadanos de un pueblo libre, os contestarán con satisfaccion y con orgullo: «Habeis merecido bien de la Patria!».

He dicho.

—Aplausos

**Sr. Ministro de J. C. é I. P.**—Pido la palabra.

**Sr. Presidente**—Habia quedado con la palabra el señor Diputado por Buenos Aires, segun entiendo.

**Sr. Alvear**—Sí, tenia la palabra.

**Sr. Presidente**—La habia pedido ayer, juntamente con los señores Diputados que han usado de ella.

**Sr. Ministro de J., C. é I. P.**—Muy bien; haré uso de ella despues de un cuarto intermedio.

**Sr. Presidente**—Tiene la palabra el señor Diputado por Buenos Aires.

**Sr. Alvear**—Señor Presidente: Entro tarde al debate y en seguida de uno de los oradores mas justamente populares; no importa, debo hacer uso de la palabra, que en torneo de tan insignes luchadores la misma derrota es honrosa.

Señor Presidente: Cuenta la crónica que en la jornada de Ituzaingo hubo un momento de gran conflicto. Arrollada nuestra caballeria de vanguardia, venia envuelta con el enemigo, amenazando así envolver á su turno la línea de batalla en formacion. Ante este gran peligro, el general corre á una de sus baterías y dá la órden de fuego. El joven artillero que la mandaba observa que son los nuestros que vienen huyendo. El general, impaciente, esclama: «Fuego contra moros y cristianos! sálvese la victoria».

Algo parecido voy yo á ensayar en esta batalla parlamentaria. Voy á tratar de salvar la Constitucion Nacional en peligro. Haré fuego contra moros y cristianos!

Señor Presidente: Si creyera oportuno entrara en mi plan ó ocuparme de esta cuestion en abstracto, como teoria filosófica; si me creyera autorizado para prescindir de la historia de mi país y de sus leyes; si, siguiendo el camino de uno de mis mas estimables colegas, me remontara allá, á las regiones alpinas, y fuese á recibir mis inspiraciones en el lecho mortuorio de un gran príncipe de Saboya, ó si fuera de la raza y compatriota de esos héroes de la Italia en su gran lucha por la reorganizacion y la unidad de su patria, declaro, señor, que habria estado con ellos y les habria seguido hasta el asalto y la ocupacion de la ciudad eterna.

Esa cadena teocrática con que los mal inspirados católicos vienen envolviendo al mundo, de siglos atrás, con sus eslabones de oro para los soberanos y de hierro bruto para el pueblo, no merece mis simpatías, ni aun contemplada desde este recinto neutro y lejano.

La estimo rota para siempre, sin que haya incienso que pueda retemplarla, ni fuerzas que puedan reanudarla.

Su historia política es la historia de las grandes instituciones. Fué esencia, se materializó y se descompuso. Seguir la en sus evoluciones, seria demasiado largo para una sesion parlamentaria; tendríamos que remontarnos hasta las regiones nebulosas de la metafísica, hasta las regiones celestiales, para descender en seguida hasta las candentes atmósferas del tormento y de la hoguera.

No tengo voluntad ni fuerzas para tanto.

Pero, señor Presidente, lo que asalta á la imaginacion, lo que inspira respeto á todos, es que esa historia que se llama del catolicismo, es el episodio mas imponente y grandioso en la historia de la humanidad.

¡Felices de nosotros, señor Presidente, hasta donde nunca alcanzarán mas que sus himnos y cantares! ¡Felices de nosotros, hasta donde no llega hoy mismo sino el eco melodioso y simpático de nuestros oradores favoritos!

Pero es el caso, señor Presidente, que yo me encuentro aquí, hijo y representante de un nuevo mundo, sin otras épocas marcadas en la historia anciana, que la de su conquista, sin ninguno de esos grandes monumentos que conservan hiriente el recuerdo de antiguas luchas y pasiones,—sin un Escorial, sin un Santo-Angelo, sin un Versailles,—y agregaré: sin Calvinos, sin Luteros y Torquemadas.

Entonces, señor Presidente, yo me pregunto, ¿qué tenemos nosotros que hacer con esas tinieblas de la Edad Media, con los soles opacos del Renacimiento?

Nuestro sol es el de Mayo; nuestra estrella debe ser la del Norte; nuestra religion la de Belgrano; nuestra patria la República Argentina!

—Aplausos.

Es el caso, señor Presidente, que yo me encuentro aquí representante de un pueblo católico, cuyo culto jamás puso obstáculos á sus nobles aspiraciones de independencia y libertades, cuyo culto estrecha y bendice diariamente nuestros amores, y nos acompaña, en fin, á dar el último adios á la vida.

Es el caso, señor Presidente, que yo me encuentro aquí como miembro de un Congreso Argentino, con mi soberanía limitada por su ley orgánica, que me manda imperiosamente sostener el culto de ese pueblo, y entónces, señor Presidente, yo empiezo á creer que esa Constitucion es católica, apostólica, romana.

Sigo en mi investigacion, y me encuentro miembro de un Gobierno Nacional, á cuyo jefe supremo y representante de su soberanía, interna y externa, impone esa misma Constitucion el deber de pertenecer á ese mismo culto. Y entónces me digo: una ley que reserva su puesto de honor, que no quiere confiar sus fuerzas de defensa en el interior y en el exterior, sinó á un ciudadano de esta profesion religiosa, la católica, entónces empiezo á tener certeza de que esta Constitucion Nacional es una Constitucion católica, apostólica, romana.

Y por último, cuando yo la veo remontarse al porvenir y lanzarse en la propaganda de la conversion, imponiendo á las autoridades que esa conversion se ha de hacer á ese culto de nuestros mayores, oh! entónces, señor Presidente, todas las dudas desaparecen, y en verdad yo os digo, con la luz de

mi razon, y con la conciencia de mi alma, que esa Constitucion es católica, apostólica, romana, en esencia, en medios y en tendencias.

Se declara sostenedora de ese culto, lo impone al ejecutor de sus leyes, al Generalismo de nuestros ejércitos y le manda propagarlo hasta en los desiertos.

Y si, señor Presidente, se quiera todavia buscar en sus formas esternas toda la pompa y la magestad que el arte ha inventado para imponer á los pueblos, encontramos que todas las autoridades, en su carácter oficial, en representacion del Estado, van bajo esas bóvedas católicas á celebrar las grandes fiestas del Estado; — que representado por todas sus autoridades, dobla sus rodillas, inclina su bandera cuando se alza la hostia sagrada que simboliza ese culto.

Y ¿porqué es esto, señor Presidente? Porque ese culto es su culto, — es el culto del Estado; porque es bajo sus auspicios que se han conquistado esos dias gloriosos que se festejan; porque ante ese culto, en fin, y ante esa hostia doblan tambien sus rodillas nuestras madres, nuestras esposas y nuestras hijas.

A estas declaraciones espresas, á estas imposiciones terminantes de la Constitucion, si se quiere, se objeta con interpretaciones arbitrarias, sutiles y muchas de ellas triviales. (Pido perdon é los que opinan diferente-mente).

Se dice que mal puede la Constitucion Argentina proclamar un culto cuando ella misma garante la libertad de otros cultos.

Esto no es probar que el Estado no tenga culto; esto simplemente significa que esa Constitucion Argentina, católica, es una Constitucion católica liberal y moderna, y que la religion de Estado que proclama es á ejemplo de la religion de Estado de Inglaterra, Portugal, Italia y otros que son los países mas adelantados en libertad, civilizacion y política.

Allí tambien hay una religion de Estado; allí tambien se permite la tolerancia de otros cultos y de otras creencias.

Luego, entónces, ¿como puede ese liberalismo venir á tomar las proporciones de una negacion?

Se dice que la razon por que el Presidente de la República debe ser católico, es en virtud del derecho de patronato que él ejerce.

Pero, señor Presidente, ese es un derecho de nuestra soberanía, heredado de otra soberanía católica; no es una imposicion, no es una obligacion.

Y ¿porqué ejerce ese patronato el Estado? Ese interés que muestra en vigilar, en custodiar, en sostener ese culto; ¿no revela que

ese culto es el del Estado? ¿Porqué no pretende usar un derecho igual respecto de las demas iglesias? Porque esas son iglesias estrañas; porque son cultos estrañeros.

Y si este derecho del patronato es un derecho de la soberanía del país, si es una ley de Estado que todos estan obligados á cumplir, que nadie puede vetar, de donde se deduce que sea indispensable que el primer magistrado tenga ese mismo credo, cuando la conciencia del hombre privado no podia influir en el cumplimiento de sus deberes como mágistrado.

El mismo ejemplo citado por la oposicion, del rey de Italia, justifica mi aserto.

Se dice, señor Presidente, (y aquí confieso que entro con repugnancia), se dice que si la Constitucion declara sostener el culto católico, es por apuella vieja historia de los bienes del clero de que el Estado se apoderó.

¿Cómo, señor Presidente, puede lanzarse sin rubor esa acusacion á una Constituyente compuesta de notabilidades argentinas? ¿Cómo suponer que traficara con la conciencia humana y que por via de chancelacion de cuentas, que podian pagarse de tantas maneras, consintiera en dar en su Constitucion un lugar tan preferente á ese culto, hasta el punto de intercalar esta declaracion en su capítulo único, en el artículo que sigue inmediatamente á aquel en que declara su forma de gobierno? Esto es imposible.

De aquí se descende á interpretaciones gramaticales, pedagógicas. Se dice que sostener es lo mismo que proteger, es lo mismo que socorrer.

No, señor.

Esta objecion es de las triviales á que ya he hecho mencion.

Sostener una institucion, sea del órden que sea, científica, histórica, literaria, es hacer comunidad con sus ideas, tomar participacion en su desarrollo y en sus tendencias; y aplicada esa teoria á una institucion religiosa, lo que quiere decir es, que hace suyo su dogma, que acepta su propaganda y sus ritos.

En seguida viene la reserva, es decir, vienen las citas y discursos escogidos al paladar, y se esclama con enfasis: aquí está la espresion, aquí la autoridad de la Constituyente—es decir, las opiniones vertidas por algunos de la minoria.

No, señor Presidente; la autoridad de un cuerpo legislativo no se deriva sino de la victoria, es decir, de las ideas que han triunfado, de las ideas que han tomado forma y se han convertido en ley.

Esos argumentos serán muy buenos para los de afuera; pero no pueden valer para una Asamblea que sabe perfectamente que todas

sus luchas son una especie de combates de pasiones y de intereses, con su estrategia, con su retaguardia y con sus preocupaciones consiguientes; y mucho mas tratándose de una cuestion vidriosa como esta,—no todos los discursos contienen el pensamiento de un orador y vice-versa.

El mismo señor Diputado que acaba de hablar ha dicho: la fórmula aceptada fué una transaccion.

Luego no fué la espresion ingénua de la conciencia de los constituyentes.

¿Fué una transaccion ¿en qué?

¿En el fondo?

¿En lo esencial?

¡Nó! fué una transaccion en la forma; se aceptó una que se creyó que seria mas conveniente para no herir susceptibilidades exajeradas, y la Constitucion continuó siendo tan católica como antes, porque la mayoria del pueblo no habia cambiado.

Señor Presidente: se ha tratado de hacer una atmósfera desfavorable al proyecto de la Comision; se ha tratado de presentarlo como reaccionario, como ultramontano y como clerical; y en este terreno se ha improvisado terrores y tinieblas, como si se hablase en un país donde ninguno de sus habitantes hubiese tenido educacion religiosa, donde nunca hubiese habido escuelas en las que se enseñase religion; y sin embargo, esas escuelas funcionan, han funcionado siempre, y de ellas han salido todos los fundadores de esta República y los adalides valientes que nos han dado patria y libertad.

Señor Presidente: otro orador ya os ha hecho la reseña de esos grandes capitanes, de esos grandes tribunos y estadistas argentinos; pero yo os voy á llevar al interior de esos templos y os voy á presentar las figuras magestuosas de un Agüero, de un Gomez, de un Funes, de un Gorriti, de un Ocampo, de un Escola, de un García; de todos, señor Presidente, apóstoles del culto, apóstoles de la gran revolucion de Mayo!

¡Coro sublime de ínclitos prelados que parecen derramar el óleo santo de sus tonzuras sobre la aurora de la gran República!

¿Qué dice, señor Presidente, ese proyecto de la Comision, sobre el cual todos han permitido espresar sus opiniones, sin que la mayor parte lo conozcan, sin que aquí mismo se haya dado una simple lectura? ¿Qué dice ese proyecto de la Comision, ese artículo que es su alma, el artículo 3º?

El artículo 3º, como lo ha dicho muy bien el miembro informante de la Comision, no es sino una traduccion literal, casi, de la ley de la Provincia de Buenos Aires, vigente hoy en la Capital de la República y en todo el resto del territorio de la Provincia; de esa ley que

fué promulgada inmediatamente despues y bajo la inspiracion de esa gran Constituyente del año 1873, donde figuraron las primeras inteligencias del país y la representacion de todos sus partidos políticos.

Dice ese artículo, simplemente, lo siguiente: «que se enseñe en las escuelas la religion católica, teniendo en consideracion aquellos que no la profesan.»

Esto quiere decir, simplemente, que se enseñará la religion católica á los que son católicos ó quieran serlo.

¿Qué hay en esto de estraordinario, Sr. Presidente?

Se dice que los inmigrantes, que llamamos no pueden encontrarse con esa barrera por delante.

Ah! entonces comenzad por suprimir otras barreras mas inmediatas: suprimid vuestra lengua, que no hay nada mas mortificante que no poder entender ni hacerse entender.

Suprimid el estudio de vuestras instituciones.

¿Qué tiene que ver un moscovita, un chino con vuestras instituciones republicanas?

Suprimid vuestra historia y á fé que tendriais alguna razon en esto; puesto que no ha llegado todavia el momento de escribirla, y que ella no es hasta el presente sino la espresion de pasiones de ayer, escritas por sus mismos autores ó por sus hijos y yernos.

Suprimid, en fin, todos los rasgos que caracterizan una nacionalidad.

Pero es el caso, señor Presidente, de que esa inmigracion nos viene, lejos de su patria, á dar lecciones de patriotismo.

¿Qué es lo que hacen esos inmigrantes?

Lo primero que hacen es colegiarse, abrir sus escuelas, sus templos, y conservar su historia, aquí, lejos de la madre patria; mientras que nosotros, hijos pródigos, tiramos á pedazos todo lo que forma en todos los países del mundo ese conjunto que se llama nacionalidad y patriotismo.

Todo esto, señor Presidente, ¿en pos de qué? ¿Quién lo demanda? ¿Quién lo pide? Nadie.

Abrid vuestras escuelas; ellos no las ocupan, tienen las suyas: allí está instalado el busto de su monarca, allí están sus instituciones, sus colores y allí quieren vivir como en su propia patria.

Decia, pues, señor Presidente, que ese artículo de la Comision no innova nada; ese artículo de la Comicion no es nada mas que lo que hoy rije; y en presencia de ese culto que se enseña en ellas, yo no veo, señor Presidente, repito, esos horrores, esas tinieblas, esas fantasmas que se ha venido á quitar á imprimir.

Pero vamos á cotejar este artículo de la Comision con el alma del contra-proyecto.

El alma del contra-proyecto, lo dijo su fundador, es cambiar la educacion religiosa por la personeria oficial del Gobierno, es decir, sustituir eso que se llama fanatismo religioso por lo que yo llamaria fanatismo *burocrático*.

Se quiere sustituir el estudio del culto del Dios de nuestros padres, por el culto de los Césares de su creacion.

¡A fuera, dicen, ese Dios que supo morir en la cruz por la redencion de la especie humana! ¡Adentro y salud á los libertadores, á los héroes del desierto!

Y á esto se llama progreso? ¿este es el progreso liberal con que se quiere educar á nuestros hijos?

Pero, señor Presidente, (y llamo la atencion de mis honorables cólegas sobre lo que voy á decir, creo, francamente, que merece meditarse) el artículo sexto de este proyecto responde á un principio liberal, político y civil; responde á quitar la única barrera que la Constitucion ha puesto al pueblo soberano: responde á habilitar á todos los ciudadanos, por medio de ese culto, para poder aspirar al supremo poder, puesto que, mientras dure esa Constitucion, no podrá ser nunca gefe del Estado sino aquel que sea católico, apostólico, romano. Suprimid el estudio y la profesion de ese credo, y tendreis á un pueblo condenado á la condicion humilde de ciudadano pasivo ó de súbdito obediente!

Yo pregunto si esto solo no bastaria para dar al proyecto de la Comicion todos aquellos caracteres de liberal que ellos quieren arrebatarnos, para cubrirse con esa bandera popular.

Yo pregunto si un proyecto que tiene por inmediatas consecuencias levantar la dignidad del pueblo y llevarla allá, donde solamente se hace efectiva su soberania, no es un proyecto republicano, democrático, liberal?

Señor Presidente: No es mi gusto, no está en mis fuerzas hacer largos discursos; me limito simplemente á la espresion de mis opiniones, en los cuadros mas concretos que me es posible; cuento con la inteligencia de mis cólegas y no creo necesario pinchar ojos para que vean.

Concluiré señor Presidente.

Concluiré sobre el mismo tema práctico parlamentario que eligió mi honorable cólega el señor Diputado por Córdoba, diciendo que lo que hoy verdaderamente debe ocupar á la Cámara es el pensamiento que encierra este proyecto en general, sobre el cual todos estan de acuerdo; es decir, la necesidad de dictar una ley reglamentaria de la educacion escolar.

Negar su sancion á este proyecto, en general, es negar que tal necesidad existe, es no querer tener una ley al respecto.

Por consiguiente, insisto en que se debe prestar apoyo al proyecto en general, libres despues de atacar sus articulos; yo mismo me reservo atacar muchos de ellos, con los que no estoy de acuerdo.

He dicho.

—Muy bien! Muy bien!

**Sr. Presidente**—Tiene la palabra el señor Ministro de Instruccion Pública.

**Sr. Olmedo**—Pido la palabra para hacer una mocion de orden.

Yo haria mocion para que se levántara la sesion, porque entiendo que la importancia del asunto y la atencion que le ha de dedicar el señor Ministro de Instruccion Pública ocuparian demasiado tiempo á la Cámara. Me parece que sería mejor que el señor Ministro empezara mañana su discurso.

Hago, pues, esa mocion. Con la siguiente adicion: que la Cámara se reúná mañana á la una.

—Se vota esta mocion por partes, y se aprueba  
—Se levanta en seguida la sesion á las 6 p. m.

## 27ª Sesion ordinaria del 13 de Julio de 1883

### Presidencia del Dr. Navarro Viola

**SUMARIO**—*Se concede licencia para faltar á las sesiones por el término de un mes al señor Diputado Acuña—Nombramiento de Presidente y Vices—Continúa la discusion pendiente sobre el dictámen de la Comision de Instruccion Pública en el proyecto de ley sobre instruccion primaria.*

#### PRESENTES

**Presidente**  
**Achával Rodriguez**  
**Acuña**  
**Albarracin**  
**Alvear**  
**Araujo**  
**Arigós**  
**Arjento**  
**Astigueta**  
**Avellaneda**  
**Balsa**  
**Benitez**  
**Bouquet**  
**Cáceres**  
**Calvo**  
**Cano**  
**Cavia**  
**Chavarria**  
**Centeno**  
**Civit**  
**Coquet**  
**Corvalan**  
**Costa**  
**Dantas**  
**Darquier**  
**Dávila**  
**Demaria**  
**Enciso**

En Buenos Aires, á 13 de Julio de 1883  
reunidos en su Sala de Sesiones los señores Diputados inscriptos al márgen, el señor Presidente declara abierta la sesion.

#### ACTA

—Se lee y aprueba sin observacion la de la sesion anterior.

#### ASUNTOS ENTRADOS

#### LICENCIA

Buenos Aires, Julio 13 de 1883

Al señor Presidente de la H. Cámara de Diputados de la Nacion.

Asuntos de familia hacen indispensable mi presencia en la Provincia de Cacha-marca.

En consecuencia, solicito de la H. Cámara, el permiso correspondiente para faltar á las sesiones del corriente año, por el término de un mes.

Dios guarde al señor Presidente.

Pedro J. Acuña.

**Sr. Rojas (A. D.)**—Hago mocion para que se trate este asunto sobre tablas.

—Apoyada se vota y aprueba.

**Sr. Ocampo**—Quiero dar una pequeña explicacion á

**Fernandez**  
**Figueroa (F. C.)**  
**Figueroa (F. J.)**  
**Fúnes**  
**Galindez**  
**Gallo (D.)**  
**Gallo, (P. S.)**  
**García**  
**Gilbert**  
**Goyena**  
**Güemes**  
**Herrera**  
**Lagos Garcia**  
**Lahitte**  
**Leguizamon(L.)**  
**Leguizamon(O.)**  
**Lopez**  
**Lugones**  
**Madariaga**  
**Ocampo**  
**Olmedo**  
**Palacio**  
**Paz**  
**Peña**  
**Pizarro M. E.**  
**Posse**  
**Puebla**  
**Quintana**  
**Reyna**  
**Rojas (Ab.)**  
**Rojas, A. D.**

la Cámara, sobre las causas que han dado lugar á la solicitud del señor Diputado Acuña.

Ha recibido hoy un telegrama, avisándole que su señora madre, que es bastante anciana, se encuentra enferma y le pide que vaya. Por consiguiente, es indispensable darle el permiso que solicita.

—Votada la solicitud en la forma prescripta por el Reglamento, se acuerda el permiso con goce de dieta.

**Sr. Presidente**—Debo hacer presente á la Cámara, antes de pasar á la Orden del Dia, que segun el Reglamento, el 15 debe nombrarse el nuevo Presidente de la Cámara. El 15 es Domingo y mañana no hay sesion; asi es que, sino hay oposicion, podria procederse al nombramiento.

**Sr. Ocampo**—Podría ha-